

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

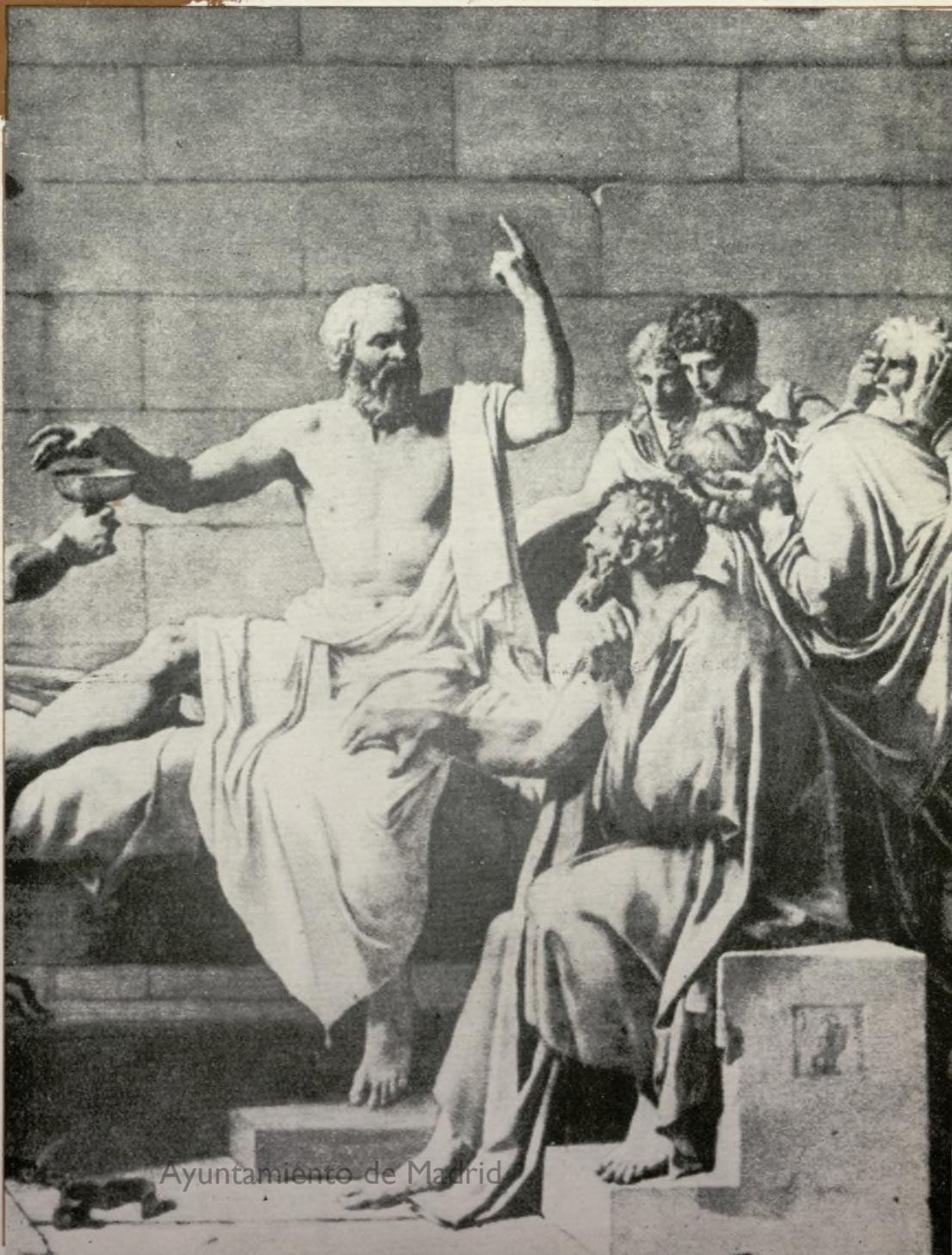
Benito Milla: Las nuevas crónicas de Albert Camus.—**Hem Day:** Han Ryner: II. - Primera entrevista y recuerdos.—**Vladimir Muñoz:** Gorki.—**Puyol:** Guignol trágico.—**Varios:** Recordando a un gran anarquista: Jean Marestan.—**Dr. Juan Lazarte:** Hacia las comunidades libres.—**Herbert Read:** La educación del hombre.—**José de la Vega:** ¿Visitantes de otros planetas o armas secretas?—**Angel Samblancat:** Etnica Hibridación.—**Campio Carpio:** Labor de Eugen Relgis en América.—**Osmán Desiré:** Anotaciones al pensamiento de Nietzsche.—**Eugen Relgis:** Uriel da Costa y Spinoza.—**Ugo Fedeli:** Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana. — **Fritz Brupbacher:** Marx y Bakunin (folletón encuadernable).

JUNIO
1954

4.2

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

SOCRATES

Príncipe de los filósofos de la antigua Atenas. Combatió los vicios y prejuicios de su época. Su doctrina era profunda y sublime y su moral severa. Platón, Jenofonte y Alcibiades eran discípulos suyos. Acusado por Melito de ateísmo y de corruptor de la juventud, porque se burlaba de los dioses, fué condenado a beber la cicuta.

Su doctrina se halla contenida en la obra de su discípulo predilecto, Platón, conocida con el título de «Apología socrática». Es la versión del extenso discurso pronunciado por el filósofo poco antes de apurar el terrible veneno que debía ocasionar su muerte.

Nuestra portada interpreta el momento trágico en que Sócrates, rodeado de sus discípulos, realiza uno de los actos que la posteridad ha reprochado con mayor intensidad al gran maestro: su obediencia a lo más inadmisibles de la ley por quien más acerbamente había combatido sus absurdos.

Dos aspectos son a destacar en la sabiduría socrática: su doctrina, que parte de una exaltación de la soberanía y personalidad del individuo, y su forma dialéctica de razonar. Por lo primero, el principio de su filosofía parte de la máxima «Conócete a ti mismo». Por lo demás, excepción hecha del discurso que pronunció al borde de la muerte, su método de discusión se caracterizaba por el inciso escueto, especie de cuña introducida en la base sofística de la argumentación del adversario.

A Sócrates puede considerársele padre del brillante elenco de pensadores de la antigua Grecia, cuya aportación a la evolución del pensamiento filosófico es imperecedera.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,
4, rue Belfort, TOULOUSE
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 11-97-21, 4, rue Belfort,
TOULOUSE (Haute-Garonne).



LAS NUEVAS CRONICAS de Albert CAMUS

LA prolongación de una situación ambigua en lo que respecta a los asuntos del mundo ha terminado por reducir la sensación de dramaticidad imperante en los años inmediatos a la terminación de la 2ª guerra mundial. Se vuelve a cierta frivolidad de juicio, se incurre en el defecto de indiferencia, se postergan para mañana —que nunca llega— planteamientos acuciantes, simplemente porque la tensión política ha decaído o simula un estacionamiento benévolo. Encontramos en esta actitud la eterna tendencia del hombre a imitar al avestruz, siempre dispuesto a ocultar la cabeza ante el peligro. Y, sin embargo, hurgando superficialmente en la realidad cotidiana, nos apercibimos que la calma que parece rodearnos es sólo provisional y aparente, pues, subsisten idénticos problemas y la paz y la felicidad permanecen en estado de ficción. La apariencia solamente favorece esa posición tranquila. La realidad dista mucho de auspiciarla.

Esta calma aparente ha reducido de manera singular los ecos de aquellas voces generosamente empecinadas en conservar una estimulante lucidez en la conciencia de los hombres. Solamente el guirigay literario entra en conmoción si se trata de banales cursilerías. Esto justifica el escaso ambiente que el segundo tomo de *Actuelles*, de Albert Camus, ha encontrado en la prensa literaria, no tan sólo por tratarse de una recopilación de artículos ya publicados con anterioridad, sino porque en ellos predomina una preocupación constante y sería por los problemas permanentes del hombre actual. Hay como una intención deliberada de soslayar temas de fondo, como si ellos fueran el espejo que nos devuelve la desagradable imagen de los días aciagos. Pero, ¿es qué ya se alejó toda posibilidad de que aquellos días retornen? Ni Corea ni Indochina ni las recientes tentativas atómicas tienen resonancia sufi-

ciente para conmover el espeso letargo en el que parece sumida la conciencia pública.

El hombre sigue situado ante una expectativa crucial que dista mucho de poseer siquiera la endeble armazón de los años preliminares a 1939. Por lo tanto es suicida toda actitud inhibitoria a la luz de la pasada experiencia. El poderío moderno no acepta ni la honestidad ni la neutralidad como salvoconductos que eximan de responsabilidad y culpa. Para el totalitarismo de nuestros días todos somos culpables en un mundo de acusados. Únicamente en la medida que ese totalitarismo sea destruido podrá el hombre entregarse a la paz y a la seguridad. Lo que hace hoy es un burdo simulacro y sus pretendidos goces carecen de alegría, o fingen una alegría cobarde, hueca por dentro de substancia vital. El hombre ha aprendido odiosamente a disfrazar su miedo.

Cuando apareció « *L'Homme ré-*

volté » la trifulca polémica dominó por un tiempo sobre el acontecimiento mismo que la aparición de tan importante libro significaba. Ya fué todo un síntoma que la crítica literaria se dedicara con más fruición a las alternativas de los polemistas que a subrayar el valioso contenido de la obra. Sólo a distancia ha ido afirmándose un juicio de valor sereno y hemos ido apreciando la lenta y segura penetración del pensamiento de Camus en las promociones más jóvenes, quizás las más preocupadas, paradójicamente, por el destino del mundo. La crítica literaria corriente ha ganado en superficie lo que ha perdido en intensidad, es decir, que en la medida que dispone de mayores medios de difusión se hace más versátil e inconsciente. No es de extrañar que « *L'Homme révolté* » haya sido acogido y comentado con más fervor y hondura en los medios extra-literarios, menos dados a la anécdota y al juicio fácil.

Después de todo tal vez sea eso una suerte, por lo menos en lo que respecta a éstos libros de contenido ambivalente, en los que lo literario y lo social, el artista y el hombre se mezclan de una manera profunda.

Por lo que atañe a Albert Camus, esta posición ha venido confirmándose en sus últimas creaciones, sin que eso signifique, como él mismo afirma, «que debemos sacrificar nuestra naturaleza de artistas a yo no sé qué prédica social». Simplemente, se trata de que el artista no excluya al hombre, y de que el hombre, como tal, participe en la experiencia del mundo teniendo en cuenta el sufrimiento y la injusticia que castigan cotidianamente a los demás hombres. En una palabra, que no se aisle de los otros, forjando para sí un destino confortable, un universo falso del que se excluyan los clamores de una humanidad infeliz. Esta experiencia, que es la de Albert Camus, cobra una significación particular por la magnitud de su obra en la literatura contemporánea. El ejemplifica en esta hora aquellos artistas que supieron conciliar un amor y una piedad extrema por los hombres con una obra rica en lenguaje y en poder de creación y comunicación.

Generalmente, el escritor incursiona en el campo de la política o de lo social cuando carece de fuerza creadora, cuando el poder de su arte se ha extinguido, cuando se siente incapaz de brillar por el so-

lo mérito de sus libros. No es éste el caso de Albert Camus, que irrumpe en la popularidad con una novela, «*L'Etranger*» y varias piezas de teatro. «*La Peste*» vino a confirmar sus excepcionales dotes de narrador, la singular pureza de su estilo, el dominio de un lenguaje particularmente dúctil, desplegado por sus páginas con tal riqueza que la alusión a los clásicos es inevitable. De éstos posee la claridad, y de esta época convulsa y febril en que vivimos la intensidad y concisión necesarias para plasmar un pensamiento sobrio, intenso, apretado y substancial. Añadamos a eso un elemento poético permanente a lo largo de su obra, que destella principalmente en ese brevuario de vida que es su librito «*Noces*».

En «*Actuelles II*», de manera sencilla y emocionada, nos habla Camus de sus experiencias, de la lucha del hombre y los deberes del artista, deslindando situaciones o estableciendo límites, según el caso. Estas crónicas dan una imagen cabal de la persona y de su espíritu, de sus preocupaciones más serias en el terreno del arte o de la cuestión social. Demuestran, sobre todo, la solidaridad estrecha entre el hombre y su tiempo, entre el artista y los problemas del hombre actual, nada desdeñables. Dan idea, sobre todo, de una prieta substanciación del hombre Camus con la realidad histórica, a pesar de las negativas de Sartre en este sentido. Según él, Camus está fuera de la historia porque es incapaz de

interpretarla y vivirla en su dramático fluir y de adaptarse a sus modificaciones permanentes. Sin embargo, en su constante protesta, en la denuncia incansable de la injusticia y la opresión, Camus afirma su rebelión contra un orden arbitrario y permanece por eso mismo fiel al espíritu de la Resistencia, al espíritu de la justicia y de la libertad. La historia sigue haciéndose contra los oprimidos y los menesterosos. Tomar su partido es situarse en el centro mismo de la realidad histórica. La confusión de Sartre estriba en la creencia de que el partido de los oprimidos y de los menesterosos es el Partido Comunista.

La experiencia vital de Camus, a la luz de estas crónicas densas en contenido y significación, describe una integración del artista en el hombre de todos los días, cotidiano, como todos amenazado en su íntima libertad y como todos deseoso de asegurarla y gozarla plenamente. Para esto hay que luchar, hay que estar alerta, hay que protestar a veces ruidosamente. No basta con encastillarse, con reducirse, con resignarse. Todo esto, y seguramente más, son éstas crónicas de Camus. Sencillas, a primera vista, comparadas con las agudas digresiones de «*L'Homme révolté*», o con los finos ensayos de su último libro «*L'Eté*», pero de ninguna manera olvidables y sin interés.

Benito MILLA

HAN RYNER

II. PRIMERA ENTREVISTA Y RECUERDOS



TENIA Han Ryner cerca de 60 años cuando por primera vez cambié con él una correspondencia que no debía terminar hasta algunos meses antes de su muerte.

He aquí como ocurrió esto. Acaba de leer su libro «El crimen de obedecer», que me había prestado un italiano superviviente del terror fascista de los primeros tiempos de la dictadura de Mussolini. Me veo, todavía abriendo ese libro y, desde las primeras páginas, atraído por el interés que despertaba en mí, no abandonándolo hasta haber terminado su lectura. Me sentí transportado. Mi ser se sentía subyugado por el pensamiento que se desprendía del «héroe ryneriano» de esta obra maestra. Aun tengo que añadir que me

sentí profundamente conmovido por frases que despertaban en mí ideas que desde hacía meses latían sin acertar a encontrar la forma de expresión:

«Hay que pensar por uno mismo sin preocuparse jamás si se piensa como el vecino o de forma diferente. La parte sociable del hombre es el corazón. Pensar según los demás no es pensar; y yo me resisto a tomar los ecos por voces.»

Eran para mí revelaciones, pues hasta entonces tales ideas no se habían presentado ante mis ojos en forma de escritos.

«Podemos obstaculizar el desarrollo de otro hombre pero no podemos ayudarle. Es en sí mismo que uno debe encontrar su ley», había escrito Han Ryner en cierto lugar de su «El crimen de obedecer», y adjuntaba lo siguiente en otras preguntas: «¿Por qué aprender estas leyes que no son más que ton-

terias y la misma injusticia reglamentada?... Cada uno debe lo que cree a lo que ve. Es necesario querer vivir «su» vida y «realizarse» a sí mismo.»

Esta enseñanza, llena de sabiduría, sacudía mi espíritu despertándole a las cosas de la vida. Esta fortuna maravillosa me venía del azar de un encuentro inesperado. Acababa de hallar una filosofía fraternal que se armonizaba con toda mi confusa personalidad.

Han Ryner me revelaba todo un mundo de ideas y de vida que creía mío sin poder exteriorizarlo. Una imperiosa necesidad se apoderaba de mí: acercarme a quien me brindaba, en el umbral de mi vida, todo aquello a que mi alma inquieta aspiraba. Habiéndolo descubierto, escribirle fué para mí una necesidad imperiosa que me preocupaba constantemente. ¿Cómo conseguir, fuese por carta, enlace tan deseado? ¿Cómo empezar? ¿Qué podría escribirle? ¿Me contestaría? ¿Se dignaría responder a un ser insignificante perdido en un rincón de Bélgica? Lo mejor era decidirse sin titubeos. Y le escribí expresándole las impresiones experimentadas con motivo de la lectura de «El crimen de obedecer». Le pedí me hiciera conocer su obra escrita, mientras que por mi parte procurárame otros libros suyos como «El quinto Evangelio», «Las parábolas cínicas», «Los viajes de Psicodoro», «El padre Diógenes» y «Los pacifistas».

Decir que todas estas obras me satisficieran desde el principio sería una injuria a la verdad. Algunas me parecieron un poco indigestas. Me daba cuenta que me hallaba carente de «fondo» para sacar de ellas todo el provecho deseable. Me puse, a estudiar a los filósofos y pensadores de la antigua Grecia. Pero sería imperdonable ocultar, a treinta años de distancia, el placer sentido a la simple lectura de «El Padre Diógenes», remarcable sátira donde se ridiculiza, como debe serlo, la estupidez del progreso contemporáneo.

En este libro Han Ryner intenta hacer vivir a un héroe de su siglo una existencia inspirada en la filosofía de los sabios antiguos. Es fácil adivinar que su tentativa debía chocar con no pocas desventuras, algunas de una comicidad intensa. Estas divertidas páginas son enseñanzas preciosas.

¿Cuántas veces he releído «El padre Diógenes»? Lo ignoro, pero recuerdo perfectamente el placer de la lectura, un placer siempre renovado que me hacía olvidar por algunas horas las ideas obsesivo-nante que me asaltaban.

Como antaño, Diógenes el Cínico, buscando un hombre y no encontrando más que monos, el héroe de Han Ryner, nuevo Diógenes, exprofesor de filosofía, no vacilará nada a volver al estado de la naturaleza, e intentará acercarse, en espíritu y en los hechos, a su antepasado. Y es por esto que, como él, endosará el manto griego, calzará sandalias, empuñará el bastón nudoso y cargará con modesta alforja. Equipado de tal guisa, nuestro nuevo Diógenes se lanza a predicar al mundo «su» doctrina. Por donde quiera que pasa siembra el escándalo, pues quien tenga la valentía de decir crudamente a unos y a otros lo que piensan de ellos y de los pretendidos puntales de la sociedad siembra siempre el escándalo. Apenas sin comer, indiferente al gobierno, a la policía, a la justicia, a la enseñanza, a la Academia, Diógenes emprende una serie de acciones heroicas:

«Es en tu espíritu donde debes escribir y no en las tablillas», había dicho antaño Antístenes. El padre Diógenes ryneriano añadirá: «Ni en el papel

ni solamente en tu espíritu; escribirás en tu vida, pues es en tu vida que debes escribir tu pensamiento.»

«El padre Diógenes» es una suerte de autobiografía novelada llena de fantasía, de verbo y de amor.

Mientras tanto, había yo intentado invocar a mi alrededor el nombre de Han Ryner hablando de su obra. Y choqué con el desconocimiento más profundo de unos y otros, lo cual me exasperaba. Concebía yo difícilmente que un escritor que tuviera en su activo una obra tan importante fuese desconocido por mis contemporáneos. Comprendí los motivos más tarde. Y me di cuenta de que tantas personas pretendidamente cultivadas, en las que todo es vanidad e hipocresía, eran víctimas de esa enseñanza oficial que rechaza toda la riqueza moral e intelectual de los escritos «subversivos» para no dejar ver más que el pensamiento servil de toda una literatura delicuescente.

¡Tristezas de un mundo formado por ignorantes conscientes y autoritarios que convierten a la juventud en el instrumento de su dominación! ¡Tristeza de un mundo que se paga de sus novelistas de portera o «valets de chambre», mientras se ignora a hombres como Han Ryner. Abel Faure, en su libro «L'Individu et les diplômes», extiende esta triste realidad al «estado intelectual del francés». Debo añadir que no importa qué «nacional» represente la ignorancia pagada de ella misma.

La primera carta que me escribió Han Ryner data del 12 de septiembre de 1922. Ya he dado anteriormente un amplio fragmento. Veo todavía la segunda, que recibí a seis meses de distancia, y por la cual me daba las gracias por una conferencia mía sobre su obra, hacia el final de 1923. Fué mi padre quien me la remitió, un buen hombre, pero con cierto retintín autoritario, mezclado ello con un conformismo rigorista, que le hacía encontrar extraño que Han Ryner pugnase con el «saber-vivir» en usanza. Efectivamente, Han Ryner tenía la osadía de escribir las señas de su corresponsal en el ángulo izquierdo de la parte inferior del sobre, contrariamente a la buena costumbre enseñada en las escuelas, que quiere que la dirección sea estampada en medio o bien un poco hacia la derecha. ¡Viejos recuerdos enterrados casi por el olvido de los años! ¿Cómo vuelven a renacer?

Sin duda porque Han Ryner me reveló por ciertos pequeños rasgos ese inconformismo, que me placía y parecía animar mi juventud. Quizás también porque en Han Ryner encontré esa infinidad de pequeñas cosas por las cuales era grande mi simpatía, rebelde y desobediente como yo era a los imperativos de una disciplina que recusaba. Porque por otra parte este humor inquieto me perseguía, me sacudía, y porque, en fin, había rozado la muerte voluntaria, por incapacidad de sobreponerme a mi cobardía ante el crimen de obedecer.

Su obra me salvó del abismo en el cual me hallaba sumergido. Sus escritos abrieron ante mí perspectivas nuevas, y gracias a ese bagaje de conocimientos e ideas pude lanzarme con brío a la busca de un ideal al que con ardor aspiraba.

Desde aquel día Han Ryner se convierte en mi compañero de ruta, y más tarde, con este filial pensamiento, lleno de reconocimiento y pasión le llamé públicamente mi padre espiritual. Quince largos años de relación ininterrumpida no han debilitado la afección que sentía por Han Ryner siendo por él correspondido al céntuplo, sin mercadear

nunca sus consejos, sabiendo encontrar siempre la palabra amical, impulsora de nuevas tareas, ayudándome con su gran afección y su no menos grande bondad a proseguir mis trabajos, fortificando a la vez en mí la fe por realizarme un poco más cada día.

Del 14 al 15 de agosto de 1922 me encaminé hacia París para asistir a un congreso de la Confederación Nacional de los Librepensadores. Han Ryner debía hacer uso de la palabra. Asistí con el amigo Gordon con la intención de poder verle, escucharle, hablarle.

Se me apareció Han Ryner tal como me lo había imaginado, bien que ayudado por las fotografías que conocía de él. Me pareció más bien rechoncho, una barba debajo de un sombrero, una pequeña figura dotada de unos ojos escrutadores, ornados con unos lentes protegidos por unas cejas prominentes. Pierre Larivière, en sus recuerdos sobre Han Ryner lo ha pintado con ese humor que no excluye la amistad ferviente:

«Dos ojitos separados por una nariz romana, óos ojitos penetrantes como barrenas, chisporreantes de inteligencia y que escrutaban hasta el alma. Pero aquellos ojitos profundamente agazapados

bajo el arco de la cuenca craneana estaban protegidos por dos cejas negras a la vez raras y severas, de aspecto enigmático. Semblante de esfinge, aunque ignorando yo entonces que era él «La esfinge roja». Comía a veces bananas, remarcando yo entonces, con cierta sorpresa — es un poco la costumbre de los hombres ordinarios —, que las manos que mondaban las bananas metían con precaución las cáscaras de esta fruta en los bolsillos de su propietario en vez de desparramarlas por el suelo donde hubieran sido peligrosas para los transeúntes.»

¡Qué inmenso placer para mí poder abordar a Han Ryner y poder decirle de viva voz todo el bien que me había procurado con sus escritos, ayudándome a desenvolverme por mí mismo! Con sus pequeños ojos, donde se reflejaba su pensamiento interior, me escuchó con la, al parecer, fría voluntad de filósofo, pues rápidamente era traicionada por su inmensa bondad.

HEM DAY

(Trad. J. Peirats.)

El próximo trabajo se titulará «Su obra».

◀ G O R K I ▶



Para los escritores autodidactas, los que apenas nos hemos sentado en los bancos escolares, para cuantos escribimos en el sentido educativo y no en el «admirativo», para los que estamos al margen de esos «faux-semblants» de la literatura y no queremos «épater la galerie»... Gorki, es nuestro hermano, por el que sentimos profunda gratitud. La aparición de Gorki en la literatura universal

«disgustó» a los intelectuales mediocres, a esos profesionales de las letras, que sienten un desdén profundo por las manos humildes que agarran una pluma. Pero nosotros sabemos que la cultura, lejos de hallarse en las universidades, es la permanente inquietud del espíritu, por los senderos de la superación. Doctores, munidos con tesis abrumadoras, existen por esos mundos, que son profundamente incultos. Y un título si significa algo, para nuestra sociedad de tiranos y esclavos, nada representa para una conciencia libre. Pues el hombre —no el «minus habens» que por doquier pulula—, es ante todo una conciencia y no una «apariciencia».

Y Gorki nos es doblemente querido, por su vida de «bosiaki» (vagabundo), pues, «los vagabundos están liberados de la vida ordinaria, como los ladrillos que caen de un muro», «sin falsas inquietudes y amantes en arriesgarse, cuando carecen de pan, no desdennan rapiñas, pero esto no me asombra: pues veo que la vida toda está cosida de robos», y notó «que vivían más felices que los otros hombres»... Empero, al hablar de vagabundos nos referimos al vagabundo de Diógenes y no a la indigencia de los que no teniendo ni «donde caerse muertos» sueñan con palacios en donde «abrigar sus miserables cuerpos». Estos últimos, son tan poco interesantes como todos los adinerados, esos miserables adoradores del becerro de oro.

Gorki, ha sido deformado por todos los partidistas que lo han adaptado a sus fórmulas dogmáticas. Sobre todos los bolcheviques, sus asesinos. Y nosotros, que lo amamos, intentaremos ensalzar aquí su siempre grata memoria.

Gorki, significa «amargo», seudónimo que se refiere a la amargura de la vida humana, pues de bien joven, conoció la fealdad y la brutalidad de los hombres. Cierta vez (julio de 1891) atravesaba un gran pueblo y vió una escena indignante: «un campesino castigaba a su mujer por su infidelidad. Desnuda, amarrada a un carro, el mujick, con la complacencia y el agrado de numerosos espectadores, la hacía correr fustigándola cruelmente. No pude retenerme en protestar. Pero los mujicks me golpearon ferozmente y me echaron medio muerto a una cuneta. Un músico del pueblo me recogió más tarde y me llevó con su

carruaje al hospital de Nikolaev. Desde entonces, mis pulmones fueron presos de la tuberculosis.

Su nombre era Alexei Maximovitch Pechkov y nació el año 1868 en Nijni-Novgorod (hoy «Gorki»). Su vida es demasiado conocida en su infancia, adolescencia, actividades clandestinas sociales, intento de suicidio, persecución por la policía secreta zarista, etc..., por sus mismos libros y por sus biógrafos y comentaristas. No insistamos en estos aspectos de su existencia.

Amamos a Gorki aun porque era un hombre sencillo... «La técnica aprieta aún más el nudo corredizo de nuestro cuello y nos encadena más y más. Debemos liberarnos del trabajo superfluo. El hombre debe reposar. Las fábricas y la ciencia no nos dan reposo. El hombre sólo tiene necesidad de bien poca cosa. ¿Para qué edificar una ciudad si yo no la necesito? ¿Para qué edificar una ciudad cuando sólo necesito una casita? En donde se vive amontonados, hay canalizaciones, tuberías de agua, electricidad. Pero por poco que ensayéis en vivir sin todo eso, ¡se vuelve tan fácil la vida!» Y esta semblanza del autor de «Resurrección»: «...la barba de mujick de Tolstoi, sus manos rudas, pero extraordinarias, su indumentaria tan simple, todo ese exterior sencillo engañaba a los visitantes, y muchas veces ví a numerosos compatriotas que, por costumbre juzgan a los hombres por los vestidos —¡vieja costumbre de siervos!— comenzar a tomar con Tolstoi ese tono de «familiaridad vulgar»... Pero de repente, detrás de la barba de mujick y la blusa raída parecía la nobleza del hombre, del magnífico pensador, y entonces el interlocutor familiar sentía escalofríos en la espalda y palidecía. Era agradable observar entonces la belleza y la gracia de sus gestos, la discreción de su palabra y la fina precisión de sus palabras irónicas. Tolstoi sólo se conducía así hacia los que con él se conducían como lacayos».

Gorki amaba mucho al Volga, el río más hermoso de Europa. «En las orillas del Volga, se está bien, se siente uno tan libre y hay tanta luz... Una dulce alegría reina en el alma y los tiernos gérmenes de la esperanza de nuevo crecen. ¡Qué agradable es vivir en la primavera en nuestra Volga Matuchka» (Madrecita Volga.) Chaliapin en sus **Recuedros** dice: «Sé que Gorki amaba al Volga. Sé con una certidumbre profunda, firme y exenta de duda, que todos sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos buenos o malos, tenían una fuente única: el Volga». Gorki era pues un profundo «volgiari».

Inquieto y reflexivo ante el arcano que por doquier nos envuelve, salta un atardecer los muros del monasterio de Ryjovsky, próximo a Kharkov, para ver al reverendo padre Joann Cronstadtsky, que tenía fama de «santo» y de «taumaturgo». Grouzdev relata así la entrevista: «...encontró al padre sentado sobre un banco en el fondo de un jardín, con el ambiente saturado por el perfume de los flores. Explicó al sacerdote que «había saltado el muro porque sentía un deseo irresistible en hablarle». ¿Pero de qué? respondió el padre. Gorki le preguntó entonces «de donde provenía el Mal, cuestión entonces nueva para él y que le atormentaba.» ¿Qué? se asombró Joann, con un terror que pasó por sus ojos, ¿quién te ha enseñado a preguntar eso? Te han enviado para tentarme, eres un estudiante disfrazado, ¡arrodíllate! ¡ora!, confíesalo todo, ¿dime, dónde has oído hablar de eso y por

quién? Gorki le respondió que era «a causa del torbellino de dudas que desgarraban su corazón y helaban su cerebro». Y el sacerdote asombrado le contestó: Escucha oveja descarriada. Es la Iglesia quien debe resolver estos problemas y ya los ha resuelto. Tratar de cuestiones tan difíciles no es asunto tuyo, ¿quién eres tú?, eres un esclavo del Señor y no su interlocutor. Sí, eres un esclavo». Con esta escena —tan parecida a la de Pangloss con el derviche turco— Gorki comprendió la falsedad de la religión... «Más tarde, cuando tuve ocasión de ver a esos guardianes de creencias arcaicas entre las gentes del pueblo y los intelectuales, comprendí que su tenacidad sólo es la actitud pasiva de gentes temerosas en perder su posición. Están enteramente atados por las trabas de los viejos vocablos, de concepciones absurdas... La fe por la que están listos a sufrir es en verdad una fe fuerte, pero recuerda a esos vestidos muy viejos, que el polvo y el lodo, endureciéndolos, los han hecho inútiles. El pensamiento y el sentimiento, habituados a vivir con el caparazón estrecho y pesado de las supersticiones y los dogmas, los ha aplastado... y su fe se asemeja a las luces fosforescentes de la putrefacción».

Gorki, como todo joven idealista, puso su grano de arena en la reformación del mundo. De temperamento profundamente individualista, debía necesariamente canalizarse en el libertarismo. Poco importa que desconociera el término «anarquía», pero, esencialmente, Gorki era un libertario. El mismo Lenin lo reconoce cuando afirma en 1907 (Londres): «tratándolo con tiempo, Gorki puede ser muy útil a nuestro partido. Pero hay que tener en cuenta su espíritu anarquizante y no se puede, por cierto, disciplinarlo como a un militante ordinario. Hay que dejarle cierta libertad y tolerar sus desviaciones». Desde sus actividades sociales en la ciudad ruso-tártara de Kazán, Gorki se preocupa por la justicia social y tiende a implantar un mundo nuevo de fraternidad humana. Debido a estas actividades, mal vistas por la policía de los zares, tuvo que exiliarse a Italia.

Gorki se opuso interiormente a la revolución bolchevique. Cuando el bolchevismo se manifestó anticultural por excelencia, funda Gorki «la casa del sabio», organismo de ayuda a los pensadores y científicos. El comisario de la instrucción del gobierno bolchevique había declarado que «los sabios que se opongan a nuestro gobierno no podrán pretender a la inviolabilidad de su persona, sean las que sean sus obras científicas». Y así es como de 1.700.000 personas fusiladas por la cheka en los primeros años de la revolución, 350.000 eran intelectuales. Gorki estaba lejos de compartir la «demagogia proletaria». «Un obrero que, escribe, para mostrar su superioridad declara orgullosamente: ¡soy proletario!, es tan vanidoso como el obstuso aristócrata que declara: ¡soy un noble!, pues en ambos casos ese tono de casta es asqueroso». Y en su revista **Lietopis** como en su diario **Novaia Jizn** protesta «contra la imbecilidad y la crueldad», «las violencias brutales» y estigmatiza a las gentes «que pretenden probar algo con las balas, las bayonetas y los puñetazos». En todos los escritos de Gorki, en esa época, se nota una persistente oposición y resistencia al bolchevismo, como cuando protesta «contra los pogroms de Samara, Minsk y Yariiev, en donde la conducta salvaje de la soldadesca,

la licencia y la estupidez de la multitud, han provocado la muerte de tantas víctimas inocentes». «La bestialización general impide a la cultura llenar su misión y pensar que queríamos hacer la revolución en interés de la cultura!...

Y Gorki se resiste a la pretensión de que los bolcheviques han hecho la revolución: «Lenín, Trotsky y sus compañeros de ruta, están envenenados por el veneno viscoso del poder. Se ve esto por su actitud vergonzosa en cuanto a la libertad de palabra, a la libertad individual y al conjunto de derechos por los cuales tanto luchamos... Absurdos fanáticos y aventureros vergonzosos se precipitan por el camino de la pretendida «revolución social»; pero este camino conduce en realidad al peligro mortal para la revolución. Lenín y sus compañeros de armas, creen que no importa qué crimen está justificado... La clase obrera no comprende que Lenín hace una experiencia con su sangre. Lenín es un hechicero todopoderoso, un frío prestidigitador que, comercia muy barato con la vida del proletariado».

«Lenín, escribe de nuevo, posee todas las cualidades de un jefe comprendidas las que convienen especialmente a ese rol: amoralismo y dureza implacable hacia las masas populares. Es un jefe y un señor ruso, los rasgos psíquicos de esta desaparecida clase social no le son extraños; y es por eso que se cree en el derecho de hacer con el pueblo ruso una experiencia cruel... Esta tragedia inevitable no perturba a Lenín, esclavo del dogma, y a sus acólitos, esclavos de su jefe... Lenín no conoce al pueblo. La clase obrera es para él lo que un mineral para el metalúrgico. ¿En qué se arriesga si su experiencia no tiene éxito? Trabaja como un químico en un laboratorio, con la diferencia que éste utiliza la materia muerta y que de su trabajo surge un resultado precioso para la vida, mientras que Lenín trabaja con una materia viva y conduce a la revolución a las peores desgracias». Empero, Lenín, más sincero que Stalin, creía que sus métodos eran eficientes y la oposición de Gorki un «infantilismo» anarquizante. Por estas declaraciones peligraba su prestigio. Así, es que, indulgente en cierto modo —Stalin lo hubiera asesinado— le aconsejó en 1921 de exilarse al extranjero, con el pretexto de curarse de su vieja tuberculosis. «Escupe usted sangre, le escribió, y no quiere marcharse. Le aseguro que no hace bien y es usted un mal calculador. En Europa occidental, en un buen sanatorio, podrá usted cuidarse, etc...» Gorki, se decidió al fin a partir. Lenín se portó bien también con Kropotkin, sea por su personal prestigio o por lo que fuere, el caso es que envió un tren especial con visitantes a la ciudad en donde residía el anciano anarquista. Y unos doctores, también enviados por él, fueron a hacerse cargo del enfermo. Convengamos que Stalin, con sus «purgas» masivas, hubiese aniquilado a estos dos hombres tan «intelectualmente» opuestos al bolchevismo.

Anotemos aún estos fragmentos de Gorki sobre la revolución bolchevique: «Yo no quiero marchar en las filas de esta fracción de la masa obrera que, exitada por sus amos momentáneos, manifiesta su espíritu de casta, empleando procedimientos de violencia y de terror».

El 19 de noviembre, comenta Alexinsky, a un obrero que le había escrito que debía alegrarse por la victoria del proletariado, Gorki replica: «De nada tengo que alegrarme, el proletariado no ha vencido. No se constata que la revolución haya reanimado en el hombre el sentimiento social. Las «nuevas autoridades» son tan brutales como las de otros tiempos y, además, menos educadas... Se aceptan los dogmas como en otros tiempos y se envían a los hombres por rebaños enteros a las prisiones... Sólo un desplazamiento de las fuerzas físicas ha tenido lugar y este desplazamiento no acelera el crecimiento de las fuerzas espirituales... No existe veneno más terrible para los hombres que el poder: debemos recordarlo sin cesar para que el poder no nos envenene a su vez, transformándonos en canibales aún más repugnantes que aquellos contra los cuales luchamos toda nuestra vida». (Pág. 192, del libro «La Vida amarga de Máximo Gorki», Arthaud, 1950).

Gorki, sin embargo, volvió a Rusia al cabo de varios años, desde su retiro de Capri, y, fué utilizado por los bolcheviques debido a su gran prestigio entre el pueblo ruso. Ya anciano, lo llevaron un día a visitar un «campo modelo» concentracionario y escribió elogiándolo, lo cual motivó una reacción por parte de los emigrados rusos y de cuantos en Rusia, tenían familiares presos. Pero, bien sabían todos, los bolcheviques y los demás que Gorki, no «seguía su ruta». Por fin lo asesinaron, envenenándolo. Stalin no era Lenín...

El asesinato de Gorki, se supo por el veredicto publicado en *Izvestia* (13 de marzo de 1938), diario oficial de los soviets, que la Cámara militar del tribunal supremo de la U.R.S.S. dió concerniendo al asunto de «el bloque de oposición de los derechistas y los trotskistas». Bukharin, de la vieja guardia bolchevique y teórico del partido comunista, así como Yagoda, jefe de la policía secreta bolchevique, se encontraban entre las 21 personas inculpadas. He aquí lo que decía el diario: «Instigados por el enemigo del pueblo, León Trostky, los dirigentes del bloque de derecha y los trotskistas, tomaron en 1934 la decisión de asesinar al gran escritor proletario Máximo Gorki. La organización de este monstruoso acto de terrorismo fué confiada a Yagoda que, conspirando con el médico personal de Máximo Gorki, el doctor Levine, y luego con el doctor Pletney, dieron la muerte a Gorki, mediante medicamentos nocivos... Y así Stalin se libró de Gorki, asesinando luego a los de la vieja guardia».

La oposición vital de Gorki al bolchevismo es una de tantas refutaciones al totalitarismo del Estado. «Mientras que Lenín vivió, escribe Alexinsky, el marxismo «puro» se iba realizando. En su obra **El Estado y la Revolución**, aparecida en 1918, Lenin seguía fiel a la teoría marxista y, apoyándose en los escritos de Marx y Engels, declaraba que, en la sociedad socialista, el Estado debía atrofiarse y morir progresivamente. Pero, después de su muerte, se asistió en la U.R.S.S. a un movimiento en sentido opuesto: en vez de atrofiarse, el Estado se hipertrofió y la estatización se extendió a toda la vida humana y particularmente a la actividad espiritual para finalizar en una situación que los observadores objetivos han definido en

esta forma: «Todo el mundo debe pensar con el cerebro del gobierno o no pensar nada».

No importa lo que piensen los detractores o deformadores de Gorki. Para nosotros será siempre el vagabundo del Volga, el que usó tan cariñosa y fraternalmente la palabra «camarada», mixtificada hoy día por los megalómanos, el paria de la sociedad, el poeta de

la naturaleza, el defensor de los humildes y, un escritor magistral. El idealismo de Gorki, no perecerá porque persuade y no se impone por la fuerza bruta. Y porque llega al corazón sencillamente, al margen de las vanidades y tonterías de los plumíferos mercenarios.

Vladimir Muñoz

GUIGNOL trágico

CUADRO PRIMERO

LA Plaza de los Fueros es grande, bien cuadrada, céntrica. Cruza por ella la calle Mayor, angosta de suyo, mellándola apenas por la parte opuesta a la iglesia catedralicia, con su atrio escalonado y sus macizos contrafuertes. La calle, a trechos torrentera, no está asfaltada, y la Plaza tampoco. A un extremo queda el Ayuntamiento, del que sale por el portón no sé qué tufo de legajos, de ordenanzas, de alguaciles: balcón y balconillos, y un cerco muy redondo embutido en la fachada que marca la hora. Frente al Ayuntamiento, el casal de un prócer y la hebra callejera de las tiendecillas: el estanco, la botica, los cafés, las barberías: la Rueda (Comercio), las Vainas idem), el Casino. En este lugar, por donde bajan la vaca de cuerda al matadero, fusilaron a José Romano, malquisto con la reacción siendo alcalde republicano de una ciudad carcunda en Navarra.

Tenja más que yo dos o tres años. Rivales en la escuela, contrincantes en los juegos, púgiles en amores. ¿Podría figurarme que en esa misma plaza de nuestras lizas mi leal adversario encontraría la muerte? Allí eran los títeres, los castillos artificiales, los bailes públicos, las vaquillas en fiestas. Hacían de trínquete las paredes del templo, y las novias salían a los balcones a ver a los novios jugar a la pelota. También la cigüeña presenciaba la partida desde la torre, y las palomas desde el campanario. A este coso pueblereño dan muchos balcones con flores, no tan vistosas como las muchachas que a ellos se asoman. ¿Bajan las persianas para no presenciar el hecho? Títeres trágicos, diferentes de los de Carral y la Remigia. El castillo auténtico de José Romano va a explotar súpito. José, la vaquilla de muerte...

Llega el coche fúnebre a las tiendecillas. Los pitejos, en el cristal gélido de la madrugada, tiemblan de miedo. Ahora el reloj aparenta un ojo re-

dondo que lagrimea la hora. Levanta el vuelo la cigüeña y se va. Y las palomas también.

CUADRO SEGUNDO

La casa de dormir, en la Ronda de San Pedro (Barcelona), tiene un rótulo luminoso que dice: «Posada Prim (camas desde 1'50)». Vía ruidosa, importante. Árboles a los lados, anchas aceras; comercios y bares; los Escolapios; un mercado cubierto; cines con películas truculentas. Por la Ronda pasan muchos tranvías, a la Ronda afluyen muchas calles. Tocan no se sabe dónde un danzón: se sabe que, ya bien entrada la noche, esta música es como un riego de tristeza. El relente, espesándose, humea.

El cliente de la posada — personaje real de novelón por entregas — viene del centro de la ciudad atajando para enterrarse vivo en un cuartecillo cuanto más antes. De su mala estrella se gufa — ¡vaya si hace bulto! — y con ella dialoga. Viene en compañía de Santa Desesperación, escupiendo juramentos que valen oraciones. Ha trabajado para encontrar trabajo más que a trabajar duro. Y la jornada estéril arroja esta cifra aterradora: hambre. El hambre odioso de querer y no poder ocuparse, de la injusticia ociosa, de la fortuita inercia, como inmerecido castigo. Está sólo con la Noche, su finca.

¡Cliente de una casa de camas, menos que cliente de un banco público con sábanas de relente y y nanas de luceros! Camina rezando blasfemias, palpando su deseo de destruir santamente el mundo. De lo hondo de sí le sube al rostro la afrenta de su estampa enloquecida, viéndose colgado del árbol de su corazón, en esqueleto, sin hojas. Come lo que los vivos dejan a los muertos en los «sili-cerniums» de ahora, como los «bustirapis» de antes. No oye a las mujeres — despojos de muje-

res —, que en los gólgotas de su crucifixión enfrían las esquinas y le llaman, dolor hecho palabra.

La casa de dormir y del Tío-Vivo del sexo, a tanto la vuelta.. Un «boureau» con su cuadro de llaves negras: el eunuco espiritual... y pico que las facilita; las celdas del frailestorio y la monjía carnales; rechinar de cerraduras; portazos. Hay una mesilla con el mármol roto, un espejo con la luna roto, el lecho de Proustes, la alfajaina, bajo los garfios de la percha en que las prendas colgadas afectan sombrosos de suicida. Fuelles de pechos que chiflan y, a veces, besos como expectoraciones...

El diálogo del hombre con el hombre queda en este punto suspenso, lo suspenso que un cuerpo en el vacío que termina aplastándose contra la tierra. Este hombre es el Cristo de la Cama — de la cama de seis reales —, envuelto en un sudario crudo, con agruras de lejía. Duerme a no querer despertar, con los dientes clavados en el sueño...

CUADRO TERCERO

Abrazó San Ginés la profesión de farsante, mejor vista en tiempos de Diocleciano que en los de Molière. La primera testa coronada en desacuerdo con el oficio de rey, que a verlo se niega. Al instarle a que ocupe el trono, aduce que la tal preeminencia abrumba su vida — con todos sus defectos fué un gran emperador, dice Voltaire — y que tiene más gusto en cultivar su jardín que en regir los destinos del mundo.

Otorga a la escarada hecha por Galerio — décima persecución de los cristianos —, guardián de ganados antes que César, equivalente a vasallo de categoría (una especie de duque de Sexto). Duro el Emperador, mejor dicho, Galerio; sensible Ginés: admira y envidia a los que mueren en el Circo ensalzando a Dios. Convirtiéndose en Roma representando una farsa. La comedia — sigue diciendo Voltaire — estaba muy lejos de tener el mérito de las de Plauto y las de Terencio. Veamos:

Enfermo.—Me siento pesado.

Médico.—¿Quieres que te cepillemos y te quedarás más ligero?

Enfermo.—No, quiero morir cristiano para resucitar con buena estatura.

«Enseguida salían actores disfrazados de sacerdotes y de exorcistas y le bautizaban».

Acaeció que sin terminar su papel, lanzóse a una diatriba de cara al Emperador y al pueblo, y hubieron de taparle la boca.

Un sentimental, un hiperestésico. ¡Que gran Don Alvaro, si el duque de Rivas existiese!

El primer romántico venido al mundo antes del romanticismo. Ginés, amigo y condiscípulo de Marco Anfidio Scipión, cristiano, se adelanta. Habría hecho un francés «très comme il faut», porque francesa más que romana es su alma. Un buen amigo para Merimée, Gautier y Dumas; un gran amigo para Musset, Chopin y Jorge Sand; un excelente amigo para Mürger, Karr y Alfonso Daudet.

Roma, el «imperator»: mitología de carne y hueso. París, alma: el alma de todo. Donde el ángel blanco y el diablo azul, al encontrarse en los bulevares, «bon jour, monsieur...», lejos de repelerse, se dan la mano y conviven.

Alcanza Ginés la décima cruzada contra los cristianos. A lo heroico propende. Frecuenta el Transibere, batido por Galerio (a la manera que el Montesecco oranés en tiempos de Pétaín), y guiándose de su condiscípulo Alfidio Scipión, durante la representación de una comedia, perora sin afeites y se convierte.

Diocleciano — hijo de esclavo — fallece a los ocho años de su abdicación, luego de asentir al martirio de Ginés, comediante que deja de serlo para representar como hombre su propio drama. En cristiano hace su postrer mutis.

Hay no pocas iglesias bajo la advocación del Santo, lo cual que teniéndole los cómicos por intercesor y colega, en 1534 una pragmática de Toledo dispone que vistan de un modo que se diferencien de los demás hombres, y hasta bien entrada la edad de la luz no se les enterraba en sagrado. Injusticia del tiempo de las tinieblas.

PUYOL

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

RECORDANDO A UN GRAN ANARQUISTA

JEAN MARESTAN

Cierta vez, finalizada la cruel guerra que devastó a Europa, paseando por un jardín de Marsella, me hice amigo de un hombre que resultó ser el sexólogo libertario Jean Marestan. Afable, cariñoso, bondadoso, pronto hicimos buenas migas. Confieso que para mí, la silueta del anarquista siempre se me aparece así: la pureza evangélica de un Elíseo Reclus. Y si éste en su día dijera que «la anarquía es la más alta expresión del orden», tal definición resulta exacta. Para los megalómanos tal vez sea sinónimo de no sé qué horren- das violencias, para los escépticos simple ingenuidad o para algunos revolucionarios, modo de perturbar nuestro tumultuoso mundo. Para mí es orden, sensato orden; empero, orden en la conducta humana. Ser anarquista es ser artista, es hacer un poema de la propia vida.

Y tal hizo Marestan, como hiciera Reclus, como hiciera aquel gran sabio que se llamara Han Ryner... Hoy Marestan ya no está en el mundo de los vivos. Deber mío es, dignificando su persona, rememorarla con un testimonio de quien lo conociera por luengos años y, escogiendo algunos de sus últimos artículos, para componer un hermoso ramo de flores literarias, ofrendado a su grata memoria.

Vladimir MUÑOZ.

JEAN MARESTAN

Una congestión pulmonar ha acabado con la vida, a sus 77 años, de nuestro amigo Marestan (1).

Así, unos tras otros, los testigos de «La Buena Epoca» desaparecen, y con ellos un aspecto de esta vida intelectual más sutil y probablemente más ávida de conocimiento que la actual, áspera, brutal y más inclinada a la acción que a la búsqueda de lo bello.

En ocasión de su último libro, «Nora», habíamos cambiado algunas cartas y yo esperaba llevar más lejos ciertas formas de ver recíprocas en cuanto al problema social, y más especialmente el soviético, y me apena no haber activado esta correspondencia que me interesaba vivamente.

Fué en 1906 cuando por primera vez lo encontré en una sala de conferencias del muelle del Canal de Marsella, en el seno de un pequeño grupo del cual era él, el animador, y que daba regularmente cada semana reuniones contradictorias sobre los más variados temas, pero siempre substanciales e instructivos.

Me parece que los auditores de aquella época eran más variados, venían de los medios sociales más diversos, pero una misma inquietud de documentación y de espíritu crítico los unía, durante algunas horas, en el estudio de los mismos temas.

Profesores, materialistas, pastores, espiritualistas, hipnotizadores, etc., dieron charlas, y Marestan orientaba las controversias, haciendo a veces él mismo la contradicción.

Me agradaba mucho su verbo fácil, correcto, seleccionado, mesurado, muy claro y siempre adecuado al tema tratado. Era un espíritu racional, enemigo de los extremismos y de una gran honestidad intelectual.

De acogida siempre agradable, lo que a no dudar cuenta en las relaciones entre camaradas, daba útiles consejos a quien sabía asimilarlos y yo le debo, por mi parte, alguna gratitud en este aspecto.

Muy independiente, muy personal, su acción se enfocaba principalmente a iluminar al individuo en él mismo y en las consecuencias de sus actos, al mismo tiempo que favorecía las realizaciones sociales posibles y ventajosas para los humanos.

Si hubiera querido formar un grupo, hubiera podido calificarlo de «individualismo social».

Su honestidad intelectual no fué siempre bien interpretada por sus contradictores y ciertas polémicas, publicadas en «L'Anarchie», llevadas entre él y Lévieux, si hicieron chispear el espíritu de éste último, no revelaron su buena fe.

Aquellas reuniones del muelle del Canal eran muy concurridas y curiosos personajes y camaradas tomaban la palabra, entre otros Chaumel, espiritualista elocuente, de rostro profético, de memoria asombrosa y verbo agresivo. Se veía también por allí a un camarada naturista, Caillol, con el rostro de Cristo, temblando en invierno bajo un primitivo, único y simbólico manto apropiado a su propaganda renovadora. Y paso de largo sobre los pastores y otros místicos, uno de los cuales muy hermoso, muy elocuente, se extendió ampliamente sobre los misterios infinitos del espacio y del tiempo.

Un hipnotizador ensayó, en una reunión, de adormecer a un camarada, sin preparativo previo, y guardo de esta sesión la certidumbre que existen aún muchas cosas que descubrir, comprender y explicar sobre la psiquis humana. Marestan, además se había ocupado mucho en París de estos problemas y aportaba en las pláticas abordando estos temas y en las

experiencias que aceptaba sin mala fe, una prudencia, una objetividad exentas de ideas preconcebidas, pero siempre condimentadas con una fina ironía, en cuanto a las conclusiones racionales que se podía extraer.

Su libro «La Educación Sexual», primera edición, de estilo elegante y preciso, llenó una laguna en esta materia, y por sus desarrollos sobre las consecuencias demográficas del exceso de población, puso correctamente la cuestión del equilibrio entre los recursos económicos y la población de nuestro planeta (2).

Su último libro, «Nora» (3), resume bastante bien su manera de enfocar la vida individual y socialmente, en el porvenir, las posibilidades y las incertidumbres en las cuales se debate nuestro pobre mundo, pero también precisa igualmente su concepción ética del amor, así como su comprensión de la feminidad y su heroína «Nora», es una creación seductora.

El hecho que haya podido escribir un libro tan «desinteresado» en edad tan avanzada, prueba que el crepúsculo de los recursos físicos no es inevitablemente el de las riquezas intelectuales y que si hay jóvenes que piensan como viejos, ciertos pensadores, aún ancianos, pueden conservar su verdor psíquico, y que su yo resiste victoriosamente hasta su último aliento, a nuestro viejo enemigo «el tiempo».

IXIGREG

MI CONCEPTO DEL ANARQUISMO

Es exclusivamente de orden intelectual, y sólo toma en consideración las ventajas inmediatas que pueden resultar para la emancipación y la cultura individual del ser humano.

Es la revolución en sí, que no pretende de ningún modo oponerse a la revolución social, ni querer sustituirla; pero que representa, como elemento de progreso y de felicidad personales, suficiente interés para que no sea necesario, además, añadirle la inquietud de alcances contestables sobre un porvenir problemático.

Es también la finalización normal de este racionalismo científico (que no es una doctrina ni un partido, sino un método objetivo de búsqueda) cuando se le aplica a la sociología y la purificación de sí mismo, frente a las supersticiones antiguas.

Surgido, por el azar del nacimiento, en un mundo absurdo, en estado de miseria y de perturbaciones continuas —en el cual me hubiera bien guardado de tomar lugar, si hubiese tenido la facultad de elegir mi destino— no me considero por eso como libre de todo deber de reciprocidad hacia los seres que me han protegido, alimentado, instruido, siendo solidarios en un aspecto cualquiera.

Pero rechazo como injusta y arbitraria la pretensión de otro para hacerme, a causa de esto, servir a sus particulares fines, sin tener en cuenta las aspiraciones y las voluntades que me son propias.

Me guardaré muy bien de reclamar a cualquiera que se inclina, que sea el servidor obsequioso de mis proyectos, y aun de mis gustos particulares. Pero me niego a creer que haya venido expresamente para ser castigado por las faltas ancestrales que yo no he cometido, sufrir para asegurar el dorado ocio de las

castas que son indiferentes a mi suerte, o morir oscuramente con las armas en la mano, para complacer las fanfarronadas de algún príncipe de derecho divino.

Ni insociable ni sin escrúpulos, me reservo sin embargo, en toda circunstancia, el plegarme a las exigencias de mi medio en la medida en que, luego de libre examen, he estimado justo y razonable, conformarme a ellas.

Mi irreligión no se inclina ante ningún dogma, no importa cual sea, y se guarda de substituir a la devoción delante de las imágenes de piedra de las iglesias, sentimientos análogos ante ciertos hombres, o ciertas obras, por muy elevados que fuesen sus méritos.

No reconozco otra autoridad suprema que la de la razón que, continuando en estrecho contacto con la observación y la experiencia científicas, ante la evidencia de los hechos, hace imposible en lo sucesivo la contradicción.

Estoy en pro de la verdad en marcha, hacia los horizontes cada vez más extensos, y no por la que se cristaliza en fórmulas abstractas y resoluciones de congresos, que pronto sobrepasan los acontecimientos.

Esta liberación de la conciencia es, para los que saben, una fuente de alegría mucho más grande que la de mortificarse las rodillas ante las imágenes talladas o embrutecer las facultades mentales en el ritual aborregamiento de interminables capillas.

Gran satisfacción es la de poder dedicar a la cultura física, al paseo meditativo, a la lectura de hermosas obras, el tiempo y los recursos que los devotos consagran a ceremonias y prácticas desprovistas de utilidad.

La iniciación a la higiene naturista, liberalmente comprendida, en conformidad con nuestros temperamentos respectivos, las exigencias del clima en que se vive, la profesión que se ejerce, representa el paso del malestar habitual y la enfermedad frecuente, a la pacificación y la fuerza en la persistente juventud, con la senilidad retardada.

Y he reservado para el fin lo que me es particularmente precioso: esa iniciación a la vida sexual que confiere a cada uno la posibilidad de premunirse, en la mayoría de los casos, no sólo contra los atentados demasiado olvidados del peligro venéreo, sino aún contra las angustias y las cargas agobiantes, no solo indeseadas, sino aún injustificables en circunstancias trágicas.

He aquí lo que, según yo, constituye la parte positiva y esencial de la filosofía del anarquismo, entendiéndolo por tal la que se funda sobre las realidades presentes, sin hacerse ilusiones sobre los valores humanos, como tampoco sobre las posibilidades de práctica instauración, en un breve plazo, de los planes de sociedades futuras, de las cuales es imposible profetizar con certidumbre, cuales serán los estatutos sociales y la fecha del acontecimiento.

Esta última reserva no implica, sin embargo, que uno deba refugiarse en una especie de robinsonismo misantrópico y escéptico. Cuando se ha recibido su parte de la magnífica herencia de arte y ciencia que el pasado nos ha legado, si se estima que esto justifica frente a la humanidad alguna gratitud, no es ciertamente de un demente ni de un tonto, el tomar parte en la batalla para la defensa y para la extensión de las libertades conquistadas y del bienestar común.

FUNERALES POR ANTICIPACION

Recientemente, en París (4), se ha «festejado» los setenta años de uno de mis amigos muy queridos, artista de talento, aparte de esto hombre delicado y sensible, de una rara dignidad.

En esta dolorosa circunstancia, sus camaradas en renombre han creído el deber de honrar con su firma —como en los registros mortuorios— y con algunas líneas emocionadas, como en el campo del reposo eterno, antes del supremo adiós.

No estoy seguro que se haya, después de esto, observado un minuto de silencio, cronométrico, por el decano de alguna asociación. Pero me sorprendería si la ceremonia no se hubiese terminado con la solemne entrega, al interesado, de esas coronas y ramos con que se florecen los carros mortuorios.

Ignoro como, en su fuero íntimo, este filósofo, no desprovisto de humor, ha tomado esta manifestación. En lo que me concierne, la considero de un gusto dudoso. Comprendería algo semejante en la ocasión de un gran éxito, coronación de una paciente labor. Pero el número de los años, no comporta por sí mismo ningún mérito. Y si la precocidad en el genio justifica alentar a los principiantes, vano sería el elogiar a los edificadores que entristece el crepúsculo de la vida.

Extravagante cumplido el hablar de su «bella edad» a gentes que han pasado varias decenas de inviernos. La sola bella edad, en verdad, son los veinte años, esa primavera de vida. Para vivir feliz nada reemplaza a la juventud, y tengo por un burlón a aquel escritor antiguo que hizo el elogio de la calvicie.

Esa manía desesperante que tienen algunas personas de recordar en todo momento a sus contemporáneos, que descienden uno a uno los peldaños que conducen a la tumba, exasperaba a Victor Bach, quien no era solamente un buen paladín de los derechos del hombre, sino un profesor de estética, que vivió hasta el fin alerta y lleno de espíritu, con una juventud extraordinaria.

En el curso de un congreso en donde, según es costumbre, unos sensibleros más o menos bien intencionados, le prodigaron aquello de «venerable maestro» y babeaban aun con lo de «su ancianidad que es acreedora de un reposo bien ganado», no pudiendo contener su impaciencia les dijo:

— ¿Van a dejarme tranquilo?... ya tengo el estado civil para recordarme, suficientes cosas desagradables sin que con respeto se me apuñale por la espalda. Federico Stackelberg, que era asombrosamente vivaz y alegre a sus ochenta años, detestaba que se le mostrasen excesivas deferencias, como a un viejo temblón, bueno para la silla con ruedas. Cuando se apartaban para dejarlo pasar, porque era «el más anciano de la casa»:

— ¡Bien triste privilegio!—acostumbraba a decir.

— Cuando algún desocupado, agobiado por el tedio, decía a Alfonso Karr:

— ¿Qué edad tiene usted?

— ¡Cuatro veces veinte años! respondía con fina ironía, sonriéndose.

El sabio no teme a la muerte y mide sin temor el trecho que le queda por recorrer. E injusto sería considerar como una debilidad la expresión de este mo-

desto deseo: Escuchar en la serenidad la belleza de sus últimos días (5).

EL NUDISMO ESTA EN LAS COSTUMBRES

La costumbre de vivir desnudo, o al menos de mostrarse en estado de desnudez completa, en ocasión de los juegos del aire libre, no data de la organización de los campos para curas de baños de aire y de sol, y no es tampoco imitada de las costumbres del Africa Ecuatorial.

En la antigüedad griega, tan enamorada de arte y de belleza, cuya radiación de su civilización se ha extendido hasta nuestros días, los atletas se libraban en las olimpiadas, completamente desnudos, delante de muchedumbres inmensas, sin concebir por ello ninguna vergüenza, y sin que el espectáculo provocara escándalos.

En ocasión de la guerra ruso-japonesa, a principios de siglo, el reporter Ludovic Naudeau publicó, en «**Le Journal**», una serie de artículos en el curso de los cuales, describiendo los aspectos del Japón, contaba que sus habitantes no profesaban, sobre el nudismo, las inquietudes de conciencia que los europeos y que, en las piscinas públicas, se veían personas de ambos sexos, sin ningún velo y sin que resultaran por ello escenas de desorden.

Está establecido por la experiencia —por muy paradójico que pueda parecer— que el acostumbrarse al desnudo apacigua, en vez de exitar el instinto de la reproducción.

Pretender, como lo hacen los puritanos, que las ideas de vergüenza y reprobación sobre los órganos que hacen surgir la vida, son innatas en el hombre, es una tesis que no soporta el examen.

El origen del vestido está en la necesidad de protegerse contra los choques, las picadas de los insectos, las intemperies. También se halla en la busca de la estética, la coquetería y el deseo de ocultar ciertas deformidades.

Es la costumbre del vestido y las curiosidades indiscretas que de él resultan, de donde nació la necesidad de disimular a las miradas, lo que generalmente se les escapa.

Las moralidades religiosas, inculcadas desde la infancia, bajo el imperio del temor, han hecho el resto. No sólo el «deshabillé» se ha vuelto un pecado, sino que la superabundancia de vestidos se ha elevado hasta la cualidad de una virtud, en detrimento de la higiene.

Gran cantidad de gentes, partidarias del mínimo esfuerzo, omiten, en efecto, el cultivar y mantener en constante estado de limpieza lo que, en su persona, no es visible para el prójimo.

A últimos del siglo pasado se veía aun en los baños de mar, en la costa normanda a mujeres sumergirse en las aguas casi enteramente vestidas. Llevaban blusas que descendían hasta las rodillas, retenidas en el talle por un cinturón, y largos pantalones hasta los tobillos. Algunas llevaban sombreros de ciudad muy molestos, otras un horrible gorro.

Ha sido necesario el desenvolvimiento del deporte, particularmente del deporte de campeonato que exige para los movimientos del cuerpo el máximo de

libertad, para que la juventud femenina obtuviese la licencia de utilizar, en los concursos, los sumarios vestidos hasta entonces reservados al hombre

La moda se generalizó pronto. Luego la medicina aconsejó los baños de sol y, habiéndose vuelto el broncearse la piel de buen tono, particularmente en las playas del Mediterráneo, esto alentó supremas audacias.

Ejemplarizándose en Alemania, en donde eran numerosos y frecuentados por los trabajadores de ambos sexos, ávidos de combatir, del sábado al lunes, los efectos nocivos de fábricas y talleres, o aun del aire rarificado de las oficinas, los campos de nudistas—muy cerrados necesariamente—hicieron su aparición en Francia.

Desaparecieron con las violencias y las miserias de la guerra, debido a la recrudescencia de la intolerancia católica, su principal consecuencia.

Lo que había sido determinado por el gusto y la misma necesidad de la vida al aire libre, en los sitios celosamente cerrados, o en los parajes marinos, debía completarse, hasta en las principales arterias de las ciudades movimentadas, por el precio elevado y la penuria de los tejidos, la obligación de hacer menos fatigosa la indumentaria de los civiles.

Durante la gran matanza he observado, en Marsella, a oficiales de los ejércitos aliados, con pantalones semejantes a trajes de baños, lo que hacía un gran contraste con sus vestidos de antaño.

En las mujeres, después de la falda de tela, tan ligera y breve, ha aparecido el «short», o pantaloncito de tela, el cual, entrado ya en las tradiciones, tiende a ser reemplazado, en las muy jóvenes, por una especie de «slip» de natación con un sostén muy ligero.

Por algún tiempo creí que esto era algo especial de la Costa Azul, en que la antigua Focea (6) es una de las puertas, porque el sol está allí durante casi todo

el año, y es reputada por la gran libertad de maneras entre los estivantes.

Pero grande fué mi sorpresa cuando descubrí últimamente, en la primera página de un cotidiano ilustrado, la reproducción de una foto tomada en Londres, en una vía muy animada, y por la cual paseaban cinco jovencitas en vestidos a la vez tan elegantes y sumarios, que se hubiera creído que estaban cerca de una playa. No hace mucho Londres era considerada como una de las ciudadelas de la pudibundería protestante. Sin embargo, en dicha foto, no se ve que el público se indigne ni que se precipiten los polizontes...

Todo esto permite esperar que, en un próximo porvenir, habrá por todas partes estadios y playas reservados a los naturistas que se abrevarán ampliamente en los manantiales de la vida, el bienestar y la salud.

Jean MARESTAN

(Trad. : Vladimir Muñoz.)

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) Feneció en 1951.

(2) Traducida a cinco idiomas, entre éstos el castellano. En 1947 apareció la última edición en francés, corregida y aumentada por el autor.

(3) Sus otras obras son: *L'émancipation sexuelle en U.R.S.S., Impressions de voyage et Documents, L'impudicité religieuse y Biribi d'hier et d'aujourd'hui.*

(4) En 1947.

(5) Sobre este artículo, escribió más tarde: «Temo que este estudio haya sido mal interpretado por algunos. De ningún modo he querido criticar la deferencia que se debe a los ancianos, como a los enfermos y a los niños, debido a su debilidad o a sus enfermedades, y más, aun cuando la misma vejez es una enfermedad cuyo desenlace es mortal... Razón de más, para no recordársela a los que de ella sufren, pues sería más comprensivo hacérsela olvidar.»

(6) Marsella.

Hacia las comunidades libres



ESPUES de lo apuntado, no nos estraña que sople por el mundo un viento nuevo, sintetizado en el pensamiento del viejo Proudhon: «El gobierno de los hombres debe ser reemplazado por la administración de las cosas», y tendrá como básica en su funcionamiento el servicio del hombre. Las comunas, municipios, ciudades, Federaciones y Confederaciones son para el hombre. He aquí el pensamiento de una época para realizarse en ella los valores humanos acentuando el de las libertades.

Entendemos por comunidad libre (ciudad, comuna, aldea, distrito, comarca) el área de vida común con características propias, comportamiento, tradiciones,

habla, sentimientos y aptitudes que ligan a los individuos, que no está sometida a poder alguno, externo a los propios componentes autónomos.

No puede hacerse una división tajante entre el trabajo y la administración. Ambos mundos son uno sólo. El mundo del trabajo, los sindicatos, forman la base de la organización económica de la sociedad, en nuestra civilidad. La comuna se ocupa de los asuntos que no son del trabajo, pues estos corresponden al sindicato material y espiritualmente; pero comuna, sindicato, ciudad, trabajo, son un haz de relaciones e interrelaciones como es la propia vida colectiva en sociedad. Las funciones se mezclan, interdependen, cruzan y se hacen indispensables unas a otras.

El Consejo Comunal y el Consejo de la Unión Local

de Sindicatos forman el órgano de regulación local, son ejecutivos y no absorben las libertades individuales, sindicales o locales.

Las principales funciones, los diversos rodajes sociales son economía alimentaria (1), vivienda, trabajo, transporte, recreación, vestimenta, Arte y Ciencia, educación, escuelas y edificios públicos, seguridad, ordenación y arreglo de pueblos, estudios especiales, asociaciones culturales, enfermedades, hospitales, invalidez, vejez, relaciones con las demás comunas.

Los Consejos comunales son organismos de realización de servicios que están estos bajo el contralor de los sindicatos y ciudadanos en general.

Naturalmente que comuna y ciudad no están aisladas. Vemos en la Historia la formación de federaciones de ciudades en la Edad Media. La historia argentina es otro ejemplo de ello. Cuando el país estaba completamente despoblado, la revolución de Mayo se originó en ciudades —cabildos. Hoy es mucho más fácil que entonces formar federaciones y confederaciones comunales, cuyos dirigentes y administradores sean contralorados por quienes les eligen, para no dar lugar a formación de poderes o instituciones dictatoriales.

«La federación regional de comunas no es ni puede ser un órgano superior a las comunas ni el comienzo de poder alguno», dice el publicista francés Pierre Besnard, en el «Nuevo Mundo», página 110. Esta federación estudiará los problemas relacionados con sus componentes y que no pueden ser resueltos por una Federación solamente; es decir, se trata de interrelaciones comunales de intercambios de experiencias, descubrimientos, necesidades, ayudas, construcciones de todas clases, métodos administrativos, etc.

Y esta federación regional unida a otras llegará a formar una Confederación Nacional de comunas. (Entre nosotros las regionales podrían formar confederaciones provinciales o interprovinciales.)

La Confederación Nacional de Comunas es la organización administrativa más alta en cada país, aunque es y será lo natural que se formen confederaciones cuyas finalidades serán los problemas a resolver de carácter continental o mundial.

El Consejo Comunal que está funcionando con el Consejo Local de la Economía no es un organismo central director sino sólo administrador, y es designado por el conjunto de los habitantes con funciones o para funciones concretas administrativas de las cosas, con tantos miembros como lo determinen los interesados directamente; con reuniones periódicas y deliberaciones públicas. Los miembros son responsables y rendirán cuenta de sus acciones ante el pueblo que les ha elegido en asambleas generales periódicas o cuando las mayorías así lo requieran. Algunos de estos postulados son realidades en comunas norteamericanas.

La administración comunal puede renovarse por partes o por mitades, como lo determinen los interesados, pero es mejor que queden algunos ya al corriente de la administración.

El Consejo comunal y el de unión local se reunirán

en conjunto periódicamente, para tratar cuestiones que atañen el trabajo, producción, localidad, vida comunal, es decir que sean comunes, problemas generales en administración de las cosas.

Lo importante es que en las estructuras nuevas los organismos no ejerzan autoridad ni poder, que no surja de la misma obra realizada, para no dar lugar a brotes dictatoriales, pues el hombre ha probado que simpatiza excesivamente con las formas de poder desde que asume una función representativa. Este problema psicológico de multitud y de individuos seminormales ha de tenerse muy en cuenta en la formación de los grupos directores de la nueva sociedad.

Los congresos anuales regionales, como los locales y los nacionales, examinarán las gestiones realizadas y propondrán programas o planes a realizar sobre los asuntos que les competen.

Lo fundamental en todo sistema es que la comuna sea una institución administrativa libre, en reemplazo de los municipios actuales, cuya esclavización es por lo menos triple, y cuyo significado local es mínimo, cuando en realidad son embriones promotores y bases administrativas y sociales de las modernas colectividades humanas. Hemos citado la región en el desarrollo de nuestro tema e intentaremos explicarlo: « La región puede caracterizarse por ciertos atributos fundamentales en la forma que sigue: Comenzando por el factor elemental del espacio, la región es naturalmente ante todo una área, una unidad geográfica con límites y linderos. No obstante, en segundo lugar, la región difiere de la mera localidad o área geográfica pura en que está caracterizada, no tanto por líneas fronterizas y límites efectivos como por su flexibilidad de límites, por su extensión a partir de un centro y por trechos de terrenos o zonas marginales que separan un área de otra. El tercer atributo de la región es algún grado de homogeneidad en cierto número de características. La naturaleza definitiva de la región y los aspectos de su homogeneidad se determinan por el cuarto atributo de la misma, a saber: algún aspecto o aspectos estructurales o funcionales que tienen en la región una posesión dominante. No obstante debe existir un límite a la multiplicidad de las regiones, y así en general debe considerarse como quinto atributo la homogeneidad relativa, compuesta del mayor número de factores respecto al mayor número de propósitos que se tengan a la vista con el fin de que la región pueda ser una unidad práctica y operante, susceptible tanto de definición como de utilización. Por consiguiente el sexto atributo de la región es que debe constituir una unidad dentro de un todo integrado o totalidad. Inherente a la región, como opuesta a la mera localidad o a la sección aislada, es la presencia de una unidad en que... puede existir como parte. El séptimo atributo se encuentra en la naturaleza orgánica de la región. Una región tiene unidad orgánica no sólo en su paisaje natural, sino por su evolución cultural en la que la tierra y el pueblo se encuentran culturalmente condicionados por el tiempo y por las relaciones espaciales».

Sin duda esta brillante definición, dada por Howard W. Odum, es posterior a los hechos sociales y políticos sucedidos, pues gremios de obreros y campesinos en Europa, y más en América latina, han sostenido

(1) La alimentación no solo depende de la producción sino de la estructura social de la sociedad.

y constituido federaciones regionales de larga vida y sería acción, así mismo como en el movimiento cooperativista. De donde si la región no fué descubierta por el movimiento obrero, el le dió en el sentido político y social larga vida y fuerte naturaleza. Nos hallamos pues ante algo que verdaderamente existe como base formativa de las estructuras nuevas y que también se expresa en la federación regional de comunas, que sería una unión amplia con directivas para problemas concretos de organización y actividad que ya hemos anotado.

Las regiones han existido históricamente pero el estatismo moderno trata de liquidarlas (1). En estas unidades regionales el hombre se desarrolla universalmente, es decir tanto como en el mundo circundante.

La regionalidad es la base de la cultura universal. Claro que los límites políticos no son los de la región. En última instancia son lo que los grupos activos desean que sean en su unión o unidad.

«La concepción de una región como realidad social dinámica constituye una de las etapas preliminares del procedimiento constructivo de la planificación de la vivienda y de la renovación urbana» (2).

Toda comuna forma parte de una unidad regional y su desarrollo depende de ella. Nosotros, los argentinos, tenemos el más franco regionalismo: Mendoza, San Juan, Tucumán, Salta, Chaco (Pte. Perón), Santa Fe, Rosario, Jujuy, Corrientes, etc., constituyen verdaderas regiones geográficas, económicas y sociales y hasta culturales y no pueden ser estudiadas las ciudades separadas de su región. Se desnaturalizan cuando el centralismo de Buenos Aires quiere uniformarlas y darles el mismo denominador geográfico y político-social. La acción del ambiente sobre la comuna y la acción universal sobre la región constituyen una base de futuras creaciones que no podrá impedir el estatismo disolvente de la Capital llamada Federal, y estas acciones verdaderas nos darían como fruto un orden local interrelacionado con el orden universal, cuya puerta la tenemos cerrada con el puerto de Buenos Aires.

Como se puede colegir, la región y la comuna forman una misma unidad, desde un más amplio punto de vista. Campo y ciudad son partes de una región.

Y esto también estaría unido en un sentido reformista a la planificación regional que es la aplicación a la comuna y región de los conocimientos científicos actuales. De aquí que toda planificación y sobre todo el urbanismo será muy difícil triunfo en un régimen estatal. La reforma de las ciudades en el ciclo del Estado centralizado, será materialmente imposible y muy poco útil (los ensayos ingleses de Howard) y esto han de tenerlo en cuenta los arquitectos y planificadores; que su verdadera ciencia urbanística tiene cabida en un proceso social más amplio que el de la estatización centralizante y de dominio.

Mientras el Estado centraliza en el mundo cono-

cido, el urbanismo y la planificación verdadera descentralizan lo mismo en la dirección de los problemas que en la región geográfica y social. Descentralización racional es lo que el mundo pide. Regiones descentralizadas y económicamente equilibradas, sin límites fijos, conectadas con las otras y la más posible integración regional en dos términos conocidos.

Decíamos que el error de los planificadores y arquitectos urbanistas es la ingenua creencia del beneficio de sus planes de ciudad moderna, lineal, etc., para solucionar racionalmente los graves problemas de las urbes tentaculares; los planes han de ser para la región de la ciudad. Evidentemente su esfuerzo es meritorio, original, valiente y bello, pero el urbanismo es lo contrario del estatismo y en la civilización del Estado solo caben las ciudades monstruosas, pero no la red de ciudades de 25 a 50.000 habitantes unidas a sus comunas con tierras, granjas y viviendas de las colectividad, del municipio libre. Ciudades que no necesiten de un proletariado para su crecimiento, comunas libres que no aceptan la exacción del impuesto a los consumos.

A los urbanistas no les fué tan bien; fracasaron las ciudades jardines; las ciudades lineales rusas debieron ser formadas con deportados, prisioneros y forzados de todo orden. Si la ciudad está destinada a hacer felices a los individuos no es posible que se lleve a éstos forzadamente a cualquier parte.

Los viejos utopistas como Ricardo Owen (1771-1858), idearon las ciudades libres (New Lamarck), verdaderas comunas donde la industria se integraba con la agricultura. Ni Owen ni Fourier pensaron en Estado. Otros, como Williams Morris (1834-1896), planearon ciudades comunas, con tierras en común, municipales, dedicadas a la agricultura e industrias con auto-producción, autodeterminación y libertad (1).

Los modernos sociólogos, planifican estatalmente (2) con un centro de comando, impuestos abundantes, las imprescindibles cárceles, máxima autoridad, que traerá la esclavitud del hombre a través de la ciudad, de los municipios, arrasados por la atómica de autoritarismo o dictadura. Lo que busca nuestra civilización y la «Nueva Cultura»— que no está en decadencia— es la liberación de los hombres a través de las comunas, ciudades, municipios o aldeas libres, unidos federativamente, la única unión con libertad que conoce la Historia, la civilización actual de las ciudades a la cual nos hemos asomado. Sabemos cuan lejos estamos de la realización, pero mantenemos la esperanza de alcanzarlo mientras el destino no ciegue a los hombres llevándolos por el camino actual, sentido opuesto, esclavitud sin límites...

La Libertad de los hombres en las ciudades libres es el destino inquieto y país un tanto utópico hacia el cual nos dirigimos.

Dr. Juan LAZARTE

(1) El término provincia es malo: quiere decir tierra administrada, conquistada Viene de Roma. Las «provincias» tenían una administración romana fuera de Italia, más o menos lo que ocurre aquí.

(2) Lewis Mumford: «Civilización de las ciudades», tomo I, pág. 145.

(1) El derecho de paz y guerra devuelto a las comunas, municipios y ciudades, como una de las grandes conquistas, como necesidad imperiosa de la desaparición de las guerras mundiales.

(2) «La ciudad debe ser examinada en su conjunto económico con la región de influencia», dice J. L. Sert en su magnífico libro: «Can our cities survive?».

de la derrota de la Comuna de París, y después de la derrota de la revolución española (1873) todo había cambiado. Pero su impulso juvenil, su salud, su tenacidad y su altura ideal impulsaron a estos amigos de Bakunin a mantener la bandera de la revolución con intrépida energía. Y a pesar de todos los enemigos y contrariedades, mientras quedó un hombre en pie siguió luchando.

Además, en el Jura, el movimiento iba creciendo. Los abonados al periódico aumentaban. Las secciones de la Internacional se desarrollaban e igualmente su influencia en el movimiento obrero. Su actividad real en el terreno de la lucha sindical, en el cooperativismo y en el apoyo mutuo, y su influjo en la psicología de los relojeros hacía progresos notables. Y era esta actividad en los pequeños trabajos del día lo que consolidaba también a los del Jura recuperándoles en su fe por una próxima revolución social.

EL TERCER CONGRESO ANTIAUTORITARIO (7-13 de septiembre de 1874)

Aunque Bakunin no actuaba públicamente no por ello dejó de existir la Internacional de los antiautoritarios. El 7 de septiembre de 1874 tenía lugar su tercer Congreso en Bruselas. Los informes de las delegados nos dicen sobre el estado del movimiento en los diferentes países y podemos hacernos una idea sobre la extensión de las distintas organizaciones nacionales. Las explicaciones sobre los temas propuestos para el orden del día constituyen un indicio precioso sobre el desarrollo y realizaciones de la Internacional federalista. Vemos por ello que el movimiento sufre una alteración en España e Italia y se manifiestan los primeros gérmenes de una transformación en Bélgica. Socialistas estatales y federalistas discutieron también cuestiones en las cuales mantenían opiniones diametralmente opuestas, aunque en forma muy objetiva. Por el informe de las secciones se desprende que la situación de los diferentes países se diferenciaba de tal modo que lo dominante eran las diferencias. En consecuencia las relaciones internacionales se verían debilitadas en el futuro.

En el Congreso estuvieron representados los alemanes (Unión Obrera General Alemana), los ingleses (Betnal Green Branch), la Federación Nacional de Bélgica, de España y del Jura, una sección de Italia y otra de París. En total, quince delegados. Faltaba la representación de la Federación Nacional de Italia porque la misma había sido disuelta como organización legal a consecuencia de los movimientos revolucionarios del mes anterior (7-8 de agosto) en Bolonia.

El Comité Pro Revolución Social Italiana, emanado del anterior Comité de la Federación Nacional de Italia, envió una carta al Congreso, en la cual decía que Italia no estaría representada, ya que públicamente allí la Internacional era inexistente, y los delegados hubiesen sido perseguidos al regresar del Congreso. Pero en cambio existía allí una amplia

da por el Congreso de Córdoba, la cual, en contra de los estatutos, ha declarado voluntario el pago de las cotizaciones y desconocer, también, las resoluciones de La Haya.

3) Las Secciones e individualidades inglesas presentes en el Congreso de Londres el 26 de enero, también hostiles a los acuerdos de La Haya.

4) La Federación del Jura, que dará ciertamente motivos para su suspensión en el Congreso que organizan.

En fin, puede declararse que la llamada Federación italiana, representada en el Congreso de Bolonia, no pertenece a la Internacional, puesto que nunca ha cumplido las condiciones prescritas por los estatutos.»

Suponemos que el lector sacará de esta carta una opinión cabal sobre las fuerzas de los partidarios del marxismo. De los días posteriores al Congreso tenemos también noticias a través de la correspondencia de Becker o de Marx. Veamos cómo fué juzgado el Congreso marxista por los propios convocantes. Dejemos hablar primeramente a Becker:

«Y así llegó el 7 de septiembre, y con él un Congreso que cojeaba en las condiciones más miserables. Casi se colgaron a mi cuello para que les salvara. ¿Por qué iba a hacer yo esto? Acepté la responsabilidad con ánimo de hacer lo posible por asegurar el éxito del Congreso.

El destino me había abocado cruelmente a una situación desesperada. Y antes de que llegaran las malas nuevas de Sarrailier y del Consejo Federal inglés, para dar más autoridad al Congreso y para asegurar la mayoría brotaron de la tierra milagrosamente 13 delegados.»

Becker había temido cosa peor que lo que ocurrió. Por este motivo esta carta relativamente optimista a Marx, el cual vió la cosa en forma objetiva, pues era de otra opinión. Escribió a Sorge:

«El fracaso del Congreso de Ginebra era inevitable. Desde el momento en que se supo que no llegaría ningún delegado de América la cosa se puso mal. Intentaron presentarnos como figurines míos. El hecho de aquella ausencia sirvió como afirmación de que la Federación americana existía solamente en el papel. Además la Federación inglesa no tenía dinero para enviar un solo delegado. Por otra parte, los portugueses, españoles e italianos anunciaban que no podrían enviar delegación directa de ninguna manera.

»De Alemania, Austria, y Hungría llegaban también malas noticias. No había ni que pensar de una participación francesa. Había, pues, que contar en que el Congreso se constituiría sobre la base de una mayoría de suizos y unos cuantos ginebrinos, aunque de Ginebra mismo no teníamos noticias. Utín no estaba ya allí. El viejo Becker observaba un silencio obstinado y Perret escribió una o dos veces en forma confusa. Por fin a última hora llegó una carta del Comité romano-ginebrino al Consejo Federal inglés negándose a obedecer mandatos ingleses y adjuntaban un manifiesto que firmaban Perret, Duval, etc., dirigido principalmente contra el

Congreso de La Haya y el antiguo Consejo General de Londres.

»Estos hombrecillos avanzan en esto más rápidamente que los del Jura. Por ejemplo, piden la expulsión de los intelectuales obreros. Lo más chocante es que el documento está escrito por el miserable militar y aventurero Cluseret, fundador de «los internacionalistas en América» según se le conoce en Ginebra. Dicho señor pretendía fuese Ginebra la sede del Consejo General, para imponer allí, en secreto, la dictadura. Este escrito, con anexos y todo, llegaba a tiempo para evitar la participación de Sarrailier en Ginebra y, como hacía el Consejo Federal inglés para protestar contra las maniobras de los hombrecillos de allá, señalándoles que su Congreso habría sido tratado como pura historia local ginebrina. Mejor que no acudiera nadie para hacer dudoso el carácter del Congreso.

»Pero a pesar de eso, los ginebrinos no han logrado apoderarse del Consejo, pero como ya sabes en el primer Congreso en Ginebra han desconcertado y obstaculizado todos los trabajos y saboteado las resoluciones tomadas entonces. Según mi experiencia de las condiciones europeas es muy necesario empujar a fondo la organización formal de la Internacional, y, a ser posible, no dejar de mano el punto central de Nueva York, a fin de que idiotas como Perret o aventureros como Cluseret no se apoderen de la dirección y puedan comprometer la causa. El desarrollo inevitable de los acontecimientos y la complicación de las cosas contribuirán por sí mismos a la resurrección de una Internacional superior. Basta para ello no abandonar la relación constante con los elementos más capaces de los diferentes países y no preocuparse, por otra parte, de las exclusiones de Ginebra, negándolas simplemente. La resolución, única acertada, tomada allá de retrasar el Congreso por dos años, facilita este plan de acción. Además es un punto a cuenta de los gobiernos continentales el que el espectro de los internacionalistas niegue sus servicios en el preciso momento en que es inminente la cruzada reaccionaria y en que los burgueses creen muerto para siempre el odiado fantasma.»

Como Marx y Engels no acudieron al Congreso, dejando sólo en él a Becker, éste escribió muy enfadado una carta a Sorge, la que merece, en parte, los honores de la transcripción:

«En tu última carta te mostrabas muy abatido. No es tanto el peligro para la causa que no se pueda justificar seriamente la conducta de Sarrailier y del Consejo Federal de Londres, o, en fin, que no se pueda perdonarles de alguna manera. ¿Dónde queda, pues, la solidaridad tan calurosamente recomendada y elogiada por los jefes que quieren brillar a cuenta de principios que no respetan? Aun suponiendo el carro en el fango, se quedan en sus casas dejándolo hundir y delegando en otros miembros el cuidado de sacarlo del atasco. Y si no se logra desencallararlo alegan entonces su ausencia descargándose de toda responsabilidad. La verdad

daré con alegría cada nuevo triunfo. Seré vuestro hasta la muerte.

»Pero antes de separarme me permitiréis un fraternal y último consejo: Amigos míos, la reacción internacional no tiene ya su centro en esta pobre Francia, consagrada tan graciosamente al Sagrado Corazón por la reunión de Versailles, sino en Alemania, en Berlín. Y sus representantes son tanto el socialismo de Marx como la diplomacia de Bismark. Esta reacción tiene como finalidad la germanización de Europa. Y en esta hora amenaza trastrocarlo y devorarlo todo. Ha declarado la guerra a la Internacional, formada hoy solamente por las Federaciones autónomas libres. Con los proletarios de todos los demás países debéis combatir a la reacción, pues aunque pertenezcáis hoy todavía a una república libre, la reacción está entre vosotros y nuestro fin es la emancipación del proletariado de todo el mundo.

»Vuestra lucha será terrible. Pero no os dejéis amilanar; y sabed que la victoria final os pertenece, a pesar de la enorme fuerza material de vuestros enemigos. si cumplís fielmente dos condiciones:

»1. — Si obedecéis al principio de la grande y amplia libertad del pueblo en la que la igualdad y la solidaridad no representan mentiras.

»2. — Si fortificáis más y más la solidaridad internacional verdadera entre los trabajadores de todas las profesiones y de todos los países. Recordad con esto que se es débil como individuo, como organizadores locales o nacionales, pero que hallaréis una fuerza enorme, un poder irresistible, en la colectividad universal.

»Vuestro hermano: Miguel Bakunin.»

Bakunin se sentía cansado. Las causas físicas jugaron ciertamente el papel mayor. Representémonos todo el curso de su vida, todas las fatigas sufridas por ese cuerpo de sesenta años. Verdaderamente tuvo que sentirse agotado. Y desde esta fatiga física apreció la situación; más con el intelecto seco que con aquel optimismo inagotable que provenía de un superavit de fuerza sin el cual no podríamos imaginarnos a Bakunin. Guillaume se refiere a una carta recibida de Bakunin en la primavera de 1874 en la que éste decía:

«Las épocas de las luchas revolucionarias han pasado por ahora. Ha llegado una época reaccionaria cuyo fin no alcanzará seguramente la generación actual.»

Aconsejó a Guillaume a ingresar de nuevo como maestro en una escuela pública. «Es necesario — decía — considerar con ojos abiertos la realidad y comprender que las masas populares no quieren actualmeste el socialismo.»

Bakunin se sentía fatigado. Pero todo no estribaba en Bakunin. Existían aun muchas fuerzas juveniles entre sus compañeros de combate. El cuerpo de Bakunin había dimiuido, pero no su espíritu. Por otra parte, ni los del Jura ni Guillaume estaban dispuestos a ceder tan fácilmente en el terreno de la lucha. Pero comprendían también que después

»Vertieron a diestra y siniestra un montón de calumnias. Para sacar a luz su mayoría, de Ginebra y de Alemania han producido un ser bastardo que no representa ya la autaridad soñada por Marx, pero aun menos la libertad. Están muy desilusionados y descontentos en sí mismos. El Congreso fué su entierro. Así vuestra victoria es completa. La victoria de la libertad y de la Internacional contra la intriga autoritaria. Ayer, cuando aun parecía incierta la victoria — en lo que me concierne nunca dudé de ella —, nadie hubiera tenido motivo para abandonar vuestras filas. Hoy, es un hecho. Y cada cual goza de libertad para instalarse según su gusto personal.

»De este derecho hago yo uso. Os ruego aceptar mi dimisión como miembro de la Federación del Jura y de la Internacional. Tengo muchos motivos para proceder así. No penséis que sea consecuencia de la desgana personal que me ha amargado estos últimos años de mi vida. No digo que sea completamente insensible a ello; pero tendría aun bastante fuerza para resistir de creer que mi futura participación en vuestro trabajo y en vuestras luchas pudiese ser de alguna utilidad para el triunfo de la causa del proletariado. Pero no lo creo. Ni por mi nacimiento ni por mi posición personal — de ninguna manera por mis simpatías y tendencias — me siento burgués, ni como tal puedo ser útil solamente a la propaganda. Tengo ahora la opinión personal de que ha pasado el tiempo de las grandes discusiones teóricas, orales y escritas. En los últimos nueve años se han desarrollado en la Internacional más ideas de las necesarias para salvar al mundo. Apostaría a que nadie inventaría otras nuevas. El tiempo no pertenece ya a las ideas sino a los hechos. Hoy lo principal es la organización de las fuerzas del proletariado. Pero esta organización debe ser la obra del proletariado mismo. Si fuese joven me hubiera instalado en un ambiente obrero donde participando en la vida activa de mis hermanos hubiese colaborado con ellos, al mismo tiempo, en la gran obra de la organización.

Pero ni mi edad ni mi salud me lo permiten. Necesito tranquilidad y soledad. El exceso de trabajo me agota y cada viaje es para mí cosa seria. El corazón se siente aun muy joven, pero el cuerpo no quiere continuar más y se cansa muy pronto. Le falta la fuerza necesaria para la lucha. De manera que sería más un obstáculo que una ayuda en el combate.

»Ved, pues, queridos compañeros, que todo me invita a la dimisión. ¿Qué valgo yo para la Internacional y la Federación del Jura? Vuestra hermosa y grande Federación, proyectada hacia el futuro para el combate y para la práctica, no necesita ni de inválidos ni de miembros de honor.

»Me retiro, queridos compañeros, lleno de gratitud hacia vosotros y pleno de simpatía para vuestra grande y santa causa: la causa de la humanidad. En adelante seguiré todos vuestros pasos con el amor solícito de un hermano y salu-

es que bajo tales condiciones toda la culpa del fracaso debe recaer sobre tales abstenciones. El diablo debiera desposeer de fama a todos los fanfarrones, pues sabiendo en peligro la causa debieran acudir con mayor motivo.

»Pero nosotros no teníamos miedo, pues esperábamos delegados de Alemania y Austria, a donde se escribió urgentemente, como también a Inglaterra y América. ¡Cómo nos equivocamos con estas previsiones! Había una razón poderosa para coaccionar el mayor número posible de delegados y asegurarnos la mayoría definitiva para el día del Congreso. Y en caso de no conseguir la elección de delegados, hubiéramos hecho imposible la reunión del Congreso por cualquier fútil motivo, que siempre se tienen a mano. Pero quizás hubiera aparecido como un fracaso terrible y como un triunfo de los escisionistas tras la sensación que el Congreso ha despertado en todo el mundo. Entonces hubieran podido anunciar la muerte de la Internacional con más motivo que hoy.

»Por lo que antecede comprenderás en qué precipicio estamos y comprenderás mi contento por el curso y resultado del Congreso. ¡Si pudieras conocer en sus detalles los innumerables chascos que desde el principio al final ocurrieron...»

Este Congreso fué el último de los marxistas. Lo que hizo después el Consejo General y el resto de la Internacional marxista no vale la pena de contarlos. Quizá interese repetir aquí la opinión de Engels sobre el fin de la Internacional. Con fecha 12 de septiembre de 1874, Engels se dirigió por carta a Sorge. No concordamos con Engels en puntos muy esenciales, pero concedemos valor a las declaraciones de un miembro influyente del grupo marxista. Decía Engels:

«Con tu salida está concluida y terminada totalmente la vieja Internacional. Y esto es excelente. Perteneció a la época del segundo imperio donde la opresión reinante en toda Europa proscribió al movimiento obrero, y despertó la unidad y abstención en toda polémica interior. Fué el momento en que los intereses comunes del proletariado mundial pudieron plantearse en primer plano. Alemania, España, Italia y Dinamarca acababan de ingresar en aquel entonces. En la realidad de 1864 el carácter teórico del movimiento era muy confuso en toda Europa. Quiere decir entre las masas. El comunismo alemán no existía todavía como partido obrero. El proudhonismo era demasiado débil para poder preparar a sus propias «marottes». Las ridículas teorías de Bakunin no existían todavía en su cerebro. Los propios jefes de los Trade Unions ingleses creyeron poder entrar en el movimiento sobre la base del programa expresado en las consideraciones de los estatutos. El primer gran éxito vino a romper esta colaboración ingenua de todas las fracciones.

»Este éxito fué la Comuna, hijo espiritual de los internacionalistas, aunque la Internacional no moviera ningún dedo para su realización, adquiriendo una responsabilidad que con justa razón se le reprochó. Cuando se supuso que la Comuna era un florón para la Internacional empezó enseguida la camorra. Cada corriente quiso explotar el éxito por su propia

cuenta. La división que no podía faltar, llegó al fin. El estímulo que engendró la fuerza poderosa de los comuneros, pre-dispuestos de verdad a continuar con el viejo y amplio programa — de los comunistas alemanes — impelió a los proudhonianos belgas hacia los brazos de los aventureros bakuninistas. Con el Congreso de La Haya quedó todo muerto, y en verdad, para ambas partes. El único país donde no se pudo hacer algo con el nombre de la Internacional fué América, y por una feliz inspiración instintiva se trasladó la dirección allá. Pero también se ha agotado el prestigio, y toda lucha por galvanizar los esfuerzos sería una estupidez y desgaste inútil de fuerzas. La Internacional ha dominado los diez años de historia europea en lo que se refiere al lado en que está representado el futuro, y puede sentirse orgullosa por su trabajo. Pero en su forma vieja se halla sobrepasada. Se pudo dar nacimiento a una nueva Internacional semejante a la antigua, a una alianza de todos los partidos proletarios del mundo. Pero el movimiento obrero temió un fracaso general como el acaecido en 1849-1864. El mundo proletario ha crecido demasiado. Creo que la próxima Internacional será — después de algunos años de influencia de las obras de Marx — directamente comunista y mantendrá completamente nuestros principios.»

UN FOLLETO CONTRA LA ALIANZA

A pesar de que Engels estaba tan convencido de la necesidad histórica de la derrota de la Internacional, no pudo evitar publicar, junto con Lafargue, un folleto contra Bakunin. Este es conocido con el título alemán de «Allianz-broschuere». Un técnico calificado como fué Nettlau lo califica de la siguiente manera:

«El último golpe de Marx y Engels, al ver desmoronarse todo ante sus ojos fué el folleto contra la Alianza, compuesto por ellos con la ayuda de Utin. La aportación de Lafargue sirve de base al capítulo español. Este escrito está pleno de mentiras y pululan las inexactitudes y falsificaciones en los detalles más nimios. La base la forman únicamente documentos señalados de La Haya, y también proyectos para cuya validez no es preciso ningún testimonio. Después la cuestión de la existencia de la Alianza en España, cuya relación con una organización fuera del mismo país no está probada, y finalmente una carta de Bakunin a F. Mora (5 de abril de 1872) en la que se hace referencia a la Alianza en España, Italia y Suiza, y también la indicación de la forma en que se desarrolló. Al lado de estos materiales mínimos hay un copioso material falsificado, el cual desfigura caprichosamente los hechos de la Alianza, sustituyendo los hechos reales por otros de la peor catadura. Históricamente cuesta trabajo imaginar un material de menos valor y que sea más falso.» (Nettlau: «L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs».)

En otro lugar demostraremos cómo el juicio de Eduardo Bernstein no es más benévolo.

LA DIMISION DE BAKUNIN

Engels era de opinión de que el folleto sería muy eficaz y que la dimisión de Bakunin como miembro de la Internacional, ocurrida inmediatamente después, había sido la consecuencia de aquél. Pero no fué así. Su dimisión obedecía a razones mucho más serias. Una obra en oposición flagrante con la realidad, desconocida o no tomada en serio por los amigos de Bakunin y por toda la Internacional antiautoritaria, no pudo influenciar en la actitud y modo de pensar de Bakunin.

Sin embargo, no fué por casualidad que Bakunin presentara la dimisión después del Congreso de los antiautoritarios en 1873; pero no tuvo ninguna relación con la publicación del folleto de Engels y Lafargue. Después del Congreso, Bakunin fué de opinión de que el organismo y la dirección de la Internacional antiautoritaria estaban en inmejorables condiciones y de que él no era ya necesario. Además se sentía cansado y viejo. Pero lo mejor será reproducir la carta de dimisión dirigida a los del Jura:

«Queridos compañeros: No puedo abandonar la vida pública sin dirigiros unas últimas palabras de gratitud y de simpatía. Nos conocemos desde hace cuatro años y medio. A pesar de todas las intrigas de nuestros comunes enemigos y las calumnias infames vertidas sobre mi persona, me prodigáis vuestra amistad y confianza. No os dejasteis intimidar por el sobrenombre de bakuninistas que os daban.

»Por lo demás siempre tuvisteis el sentimiento de la autonomía y de la independencia total de vuestras opiniones, tendencias y actuaciones. Y la intención infame de nuestros enemigos era tan evidente que pudisteis tratar con el más profundo desprecio las calumnias y ofensas.

»Como vosotros habéis hecho esto con valor y persistencia, habéis logrado una victoria completa sobre las intrigas de los marxistas, a favor de la libertad del proletariado y de todo el futuro de la Internacional.

»Ayudados fuertemente por vuestros hermanos en Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y América, habéis devuelto la Internacional al camino propio, del cual quisieron desviarla los ensayos dictatoriales de Marx. Los congresos celebrados ahora en Ginebra han sido prueba decisiva y triunfal de la rectitud y de la fuerza de vuestra causa.

»Vuestro Congreso, el Congreso de la libertad, al reunir a los delegados de las más importantes Federaciones de Europa, aparte Alemania, ha proclamado en alta voz, y determinado con amplio corazón, mejor dicho, repetido, que los obreros de todos los países deben estar unidos con autonomía fraternal. El Congreso autoritario o marxista, con asistencia exclusiva de alemanes y suizos, para quienes al parecer no vale nada la libertad, se ha empeñado en vano en remendar nuevamente la dictadura desgarrada, que menospreció el futuro, producto de Marx.

La educación del hombre

I

¿CUAL ES EL FIN DE LA EDUCACION?



El verdadero objeto de la educación—escribió William Godwin en el primer párrafo de su «Enquirer» (1797)—al igual que el de otro proceso moral cualquiera, es la generación de la felicidad». Yo no conozco mejor definición del objetivo de la educación, pero al igual que todas las definiciones, es regresiva, haciéndonos volver a buscar nuevas definiciones. ¿Qué significa, por ejemplo, la palabra «generación»? ¿Es un proceso natural que sólo requiere estímulo o es régimen impuesto por una técnica especial de la enseñanza? ¿Y se puede definir la felicidad en un sentido en que sólo incluya las aspiraciones contradictorias de cualquier grupo ordinario de hombres? Más interesante tal vez que la definición misma es el paréntesis de Godwin, el cual afirma sin argumentación que la educación es «un proceso moral». Hace siglo y medio posiblemente fuera esto un punto de vista manifiesto, pero existe una medida de nuestra diferente perspectiva hoy que nos llevaría a no estar enteramente de acuerdo en que la moralidad entra en la cuestión. El precepto de «sé bueno y no te importe lo demás», no encontraría aceptación hoy día ni siquiera en las escuelas dominicales. La educación—no lo decimos, sino que inconscientemente lo presumimos—es un proceso adquisitivo, dirigido hacia la vocación. Es una recopilación de medios para un fin específico, y la mayor parte de las quejas sobre nuestro sistema de educación van dirigidas contra la competencia de tales medios o fallo en especificar claramente los fines. Eficiencia, progreso, éxito, éstos son los objetivos de un sistema de oposición del cual están excluidos ineludiblemente los factores morales. A este respecto, al menos, nuestras escuelas reflejan muy bien nuestro orden social.

La felicidad es un asunto privado. En todo fruto existe sazón: el grado completo de maduración, de dulzor, de fertilidad. Pero el fruto cuelga del árbol, y aunque los frutos no maduran todos exactamente al mismo tiempo, ni en el mismo grado, la salud del árbol se revela por la conjunta y completa maduración de éstos. Como dijo Godwin, el hombre es un ser social. «En la sociedad, los intereses de los individuos se hallan enlazados los unos con los otros y no pueden separarse. A los hombres se les debe de enseñar a ayudarse los unos a los otros». En otras palabras, la ayuda mutua es un factor de la felicidad individual y estos dos aspectos de la existencia del hombre son interdependientes. La educación es el proceso de su regulación.

Todas las palabras imaginables que usemos para expresar el fin de la educación (enseñanza, instrucción, crianza, dis-

ciplina, adquisición de conocimientos, inculcación de buenas maneras o moralidad), se reducen a dos procesos complementarios, los cuales podemos describir mejor como «desarrollo individual» e «iniciación social». Los sistemas de educación característicos de las diferentes naciones de hoy, no favorecen en sentido alguno a cualquiera de estos dos procesos. Más bien fuerzan el desarrollo individual hacia una norma que destruye su gracia natural y vigor, o bien si del proceso de educación emerge una personalidad libre e independiente, será sólo para encontrarse malquisto con una sociedad en cuyos conceptos de normalidad no encuadrará.

Lo enojoso de la felicidad, como Aristóteles señaló, es que ésta es una perogrullada: señalarla como el objetivo de la educación o de la ciencia política parece algo superficial, especialmente para gentes con pretensiones de sabios que a menudo se mueven por el deseo de hacer a los hombres sufrir antes de que hayan gozado. En la filosofía cristiana, especialmente, hay siempre un interés agregado a la felicidad. Es muy necesario, desde luego, profundizar en el concepto de la felicidad, porque muy pronto todos descubrimos cuán inestable es la creencia de bienestar que proporciona la buena alimentación, un medio agradable, medios adecuados y la salud perfecta. La felicidad, en una palabra, es «psicológica», y todas las riquezas materiales no tienen valor alguno a menos que se goce de paz mental. Esto fué comprendido por los filósofos antiguos, por Confucio y Lao-Tzè, por Sócrates y Aristóteles; y ellos definieron, por tanto, la felicidad en palabras como las de Aristóteles, quien dijo que es «una actividad del alma de acuerdo con la virtud perfecta». Pero esto, nuevamente, es una mera definición que requiere otras definiciones, y así, Aristóteles tuvo que definir lo que él quería decir por «virtud». Llegó a la conclusión de que no existe tal virtud, sino solamente virtudes, intelectuales y morales. Sentido común y entendimiento, saber cómo obrar y conducirse en una circunstancia dada, la ciencia de la vida, he aquí un aspecto de la virtud; pero un hombre puede estar en posesión de todos estos conocimientos y no ser capaz de controlar sus propios impulsos y deseos. Puede poseer un entendimiento perfecto y ser una criatura de malas costumbres. Conocimientos y autodisciplina son, por tanto, dos aspectos diferentes de la virtud, ambos esenciales para la felicidad y ambos se han de aprender en el curso normal de la educación.

La diferencia entre estos dos aspectos de la virtud—sigamos la costumbre usual y llamémoslo virtud moral e intelectual—es que mientras del primero puede hacerse un asunto de acomodamiento general, el segundo depende del temperamento y de la disposición del individuo. La virtud intelectual puede ser codificada y aceptada como un sistema de creencias y costumbres; pero la virtud moral es la función interior del conjunto fisiológico y nervioso de cada hombre. Desde el momento en que de un hombre de deficiente virtud moral no puede esperarse que aprecie la vir-

tud intelectual en su verdadero valor, la virtud moral tiene prioridad fundamental en la educación. La primera pregunta en educación, por tanto, es la de cómo desarrollar mejor las virtudes morales del niño, es decir, cómo educar de una forma más eficaz las sensaciones físicas con que cada individuo se halla dotado para que éstas maduren y lleguen a ese estado de templanza, armonía y habilidad que permita al individuo seguir la virtud intelectual con libre determinación y sencillez.

Aristóteles señaló que la virtud moral (la personalidad íntegra, como diría un psicólogo moderno) se desarrolló como resultado del hábito. Nosotros estamos acondicionados por naturaleza para adquirir hábitos, y la forma característica de nuestros hábitos es inherente a la naturaleza. «Nuestras virtudes no se revelan en nosotros por naturaleza ni contra ella; más bien nos hallamos adaptados por naturaleza a recibirlas y a perfeccionarlas con los hábitos».

La norma de estos hábitos, para los que estamos adaptados para recibir (es decir, para ser enseñados), está fundamentada en la naturaleza: de la naturaleza hemos de tomar esa norma, y familiarizando a nuestros niños con ese patrón, perfeccionaremos su virtud moral y le permitiremos alcanzar la verdadera felicidad. Eso no quiere decir que somos esclavos de la naturaleza, sino que sólo podemos encontrar la libertad dentro de ella. El hombre libre es un hombre de la naturaleza, perfeccionado en un sentido de conducta natural.

Tal es la teoría de Aristóteles: la dedujo en gran escala de Platón y a Platón hemos de recurrir para una relación detallada de esta norma natural y como solo método efectivo de adaptación a ella. Pero primero hagamos notar que la tradición general de educación en Europa y América, desde el Renacimiento, ha olvidado o falseado esta teoría clásica de la educación; primero, oscureciendo la clara distinción entre la virtud moral y la intelectual; después, haciendo caso omiso de la prioridad en la virtud moral, intentando inculcar la virtud intelectual en cerebros que no han recibido la preparación necesaria.

Solamente a un cúmulo de bondades se puede transmitir con seguridad el conocimiento: transmitiéndolo a linajes desequilibrados, inmaduros, neuróticos, damos fuerza a impulsos que pueden ser en sí mismos malos y corruptos.

2.—EL PATRÓN EN LA NATURALEZA

La creencia de que el patrón de la virtud moral ha de buscarse en la naturaleza parece envolvernos en una excursión científica al abordar nuestro asunto. Los conceptos lanzados por ciertos hombres de ciencia nos han perjudicado tanto que nos damos por satisfechos en abandonar la «naturaleza» a la ciencia y presumir de que el «arte» es algo extraño a la Naturaleza. Ciencia quiere decir medida y clasificación, lo que se llama «método científico» o análisis. Existe solamente un «método» y máxima, el cual incluye en su campo a la ciencia; quiere decir también síntesis (la aprehensión y comprensión del todo y de sus relaciones, el trabajo de la imaginación y de la actividad creadora), en una palabra, un acceso a la realidad subjetiva y sensorial; y este aspecto de la máxima puede llamarse método de arte o «método estético». Como tal, debe considerarse un instrumento indispensable de la educación y desde que el método científico no entra dentro de la capacidad mental del niño y el método estético es natural en él, hemos de volver al arte como único medio disponible para los primeros pasos de la educación.

Durante los últimos cincuenta años se ha producido una revolución en todo el mundo en la apreciación del arte de los niños; poco a poco hemos llegado a comprender que en el arte tenemos un instrumento de educación y no una

mera asignatura a enseñar. Los niños poseen un arte, es decir, una forma de expresarse ellos mismos por medio de imágenes visuales y plásticas, apropiadas a su estado de desarrollo mental, y este lenguaje pictórico de ellos es algo que existe en sus facultades y que no puede ser juzgado por la norma adulta. Es un medio de comunicación que posee cada niño, un medio que puede ser usado para darnos una idea del niño y para darle a éste una idea del medio que le rodea. El arte no es ahora un «extra»: ya se terminó el escoger unos cuantos niños en posesión de lo que se acostumbraba a llamar un temperamento artístico y educar a esta pequeña minoría a ser artistas. Nosotros vemos un artista en cada niño, en un sentido o en otro, y mantenemos que el estímulo y una actividad creadora normal es uno de los puntales para el completo y equilibrado desarrollo de la personalidad.

Esta es una revolución a la que han contribuido muchos filósofos, psicólogos y maestros, pero fué John Ruskin el que señaló antes que nadie, que las actividades artísticas del niño debían ser enteramente voluntarias. James Sully, fué el primero en realizar estudios considerables sobre las características de esta actividad voluntaria. Pero grandes pedagogos, en todo el mundo, siguiendo la iniciativa de Froebel, empezaban a insistir sobre la importancia de la espontaneidad en toda clase de educación. La posición alcanzada hoy por nosotros implica la reivindicación de toda clase de actividad espontánea. A la actividad artística le agrega un principio especial educativo.

Desde este punto de vista, el arte no debe ser tratado como algo extraño que ha de insertarse al esquema general de la educación. Ni, por otro lado, puede considerarse la educación como algo que puede llegar a ser completo sin arte. Existe un cierto sentido de la vida al cual consideramos como bueno, y la actividad creadora que llamamos arte le es esencial. La educación no es nada más que una iniciación en este sentido de la vida y creemos que esa iniciación no puede alcanzar mayor éxito que a través del ejercicio del arte.

El arte, por tanto, es un medio de educación, no una nueva asignatura para ser enseñada o como método para enseñar cualquiera de ellas. Por este punto de vista del *rôle* educativo del arte no podemos reclamar originalidad alguna: no hacemos más que repetir en términos modernos los ideales que expresó Platón hace veinticuatro siglos. Y cuando decimos que repetimos estos ideales en términos modernos, no queremos decir que estamos adaptando las ideas de Platón a las necesidades modernas. No estamos falseando su significado o intención en ningún sentido. Cuando Platón usa términos abstractos tales como armonía, gracia y ritmo, y cuando nosotros usamos los mismos términos abstractos, queremos expresar exactamente el mismo significado. Es solamente cuando usamos términos más específicos tales como música, pintura o arquitectura que divergimos un poco de Platón en que nosotros ilustramos nuestro significado con nuestra mayor cantidad de experiencia. Esto no quiere decir que nos encontramos más cerca de la verdad que Platón, pero tenemos derecho a reclamar, si es que tenemos alguna fe en la evolución humana, que el uso que podemos hacer de artes tales como la música, la pintura o la arquitectura, es posiblemente mayor que para Platón. Pero sólo posiblemente. Pues ¿qué es la historia del mundo moderno, un mundo tan rico potencialmente, sino un archivo de posibilidades irrealizadas, de oportunidades fallidas? Sobre el oscuro objeto de la música griega no se conoce mucho; pero ni siquiera nuestros clásicos se han aventurado a proclamar que la música griega fuera algo así como un asunto primitivo en comparación con la música de Bach, de Mozart, de Beethoven. Pero ¿qué uso proporcional hemos hecho nunca de este arte moderno de educación? Nuestra música, comparada con la música griega, es una verdadera expansión de la sensibilidad humana. Pero ¿qué lugar proporcionado ocupa en nuestras

escuelas? Tenemos eúritmica, es verdad, y hagamos honor a Dalcroze, quien particularmente en este aspecto, nos ha llevado al camino recto. Pero incluso en esas escuelas que se han consagrado por completo al desarrollo de los ideales de Dalcroze, debe dudarse si en realidad hemos llegado tan lejos como el método educativo proyectado por Platón a base de la música primitiva griega.

La exposición hecha por Platón sobre una forma de educación estética está explicada de una forma simple. En una palabra, uno no puede hacer nada mejor que traducir las propias palabras de Platón. «Nosotros damos tan gran importancia a la educación musical—le hace decir a Sócrates en la República (III, 401-2)—porque el ritmo y la armonía penetra a lo más recóndito del alma, y se apodera fuertemente de ella, derramando la gracia en su curso. Le da esa gracia a un hombre si éste está debidamente educado; pero al contrario, si no lo está». Platón describe después, en lo que nosotros llamamos importantes detalles psicológicos, los efectos exactos que el ritmo y la armonía producen en un cerebro en desarrollo. No atribuye estas cualidades, como se sostiene muy a menudo en la discusión de sus teorías sobre la educación, a la música solamente. Dice que las mismas cualidades «entran en gran parte en la pintura y similares artificios, en el tejido y en el bordado, en la arquitectura, así como en la confección de utensilios en general, en la constitución de los cuerpos animados y de todas las plantas, pues en todas estas cosas encuentran espacio la gracia y la grosería». Y añade, ya que lleva siempre en la imaginación el cuadro negativo, que «la ausencia de la gracia, del ritmo y de la armonía, está íntimamente relacionada con un mal estilo y con un mal carácter».

Esta teoría de Platón es tan simple y comprensiva que realmente no hace falta que sigamos discutiéndola. La música, la pintura, la confección de objetos útiles, todo esto, puesto como bases de nuestros métodos de educación, infundirá en el niño una gracia y armonía que le darán no meramente una apariencia noble, sino también un noble carácter; no solamente un cuerpo gracioso, sino también una mente sobria. Hará esto, dice Platón, mucho antes de que el niño sea capaz de razonar, que inculcará lo que él llama «instinto de relación», y es precisamente de este instinto que depende la razón. Poseyendo este instinto, el niño nunca hará mal ni de hecho ni de intención.

A estas alturas tal vez debería explicar lo que Platón quiso decir por «instinto de relación», pues esto es precisamente el fundamento de su teoría sobre la educación, un concepto, además, que nunca abandonó a través del desarrollo de este pensamiento. La teoría, tal y como la he explicado, proviene de «La República». Esta fué una obra de los primeros albores de la madurez del filósofo. Treinta años más tarde, a la edad de setenta, Platón escribió sus «Leyes», libro que ha descrito el profesor Taylor como «el menos conocido generalmente de los principales trabajos de Platón», y sin embargo «en muchos aspectos es su obra más típica». (The Laws of Plato. Trans. into English by A.E. Taylor, M.A., D.Litt., LL.D., London, J.M. Dens & Sons, 1934). Aquí, en el libro segundo, encontramos su teoría de la educación por medio del arte, transcrita en términos inconfundibles; «tratada—como dice el profesor Taylor—con una profundidad psicológica a la que «La República» no opone paralelo». La teoría, seguiré manteniendo, es tan simple como verdadera. Es esto: que el objetivo de la educación debería ser el de asociar los sentimientos del placer con lo que es bueno, y los sentimientos de dolor con lo que es malo. Ahora estos «sentimientos» son estéticos, hecho que sería evidente para los griegos. La palabra «estética», como la usamos nosotros, suena a fría y abstracta, pero indica una relación que para los griegos era real y orgánica: una propiedad de las reacciones fisiológicas, la cual se revela en el proceso de la percepción.

Ahora, dice Platón, existen en el mundo físico que percibimos a través de nuestros sentidos ciertos ritmos, melodías y relaciones abstractas que percibidas llevan a una mente despejada sensaciones de placer. De momento no nos hace falta considerar «por qué» existen estos ritmos y relaciones: ellos forman simplemente partes del mundo. Pero, añade Platón, si podemos asociar la sensación concreta del placer dado por estos ritmos y relaciones con lo bueno, y la sensación concreta del dolor dado por las cualidades opuestas de desarmonía y fealdad, con el mal; si podemos hacer esto de una forma sistemática en los primeros años, cuando la mente infantil aún está abierta a tales influencias, entonces habremos sentado una asociación entre los sentimientos naturales y espontáneos y una conducta elegante y noble. Para que no se piense que estoy cargando a Platón más de lo debido, permítaseme citar sus palabras textuales tal y como han sido traducidas por el profesor Taylor:

«Y, por consiguiente, lo que digo es esto: el primer conocimiento infantil es el del placer y el dolor; éste es el dominio donde el alma adquiere sus primeros vicios y virtudes... Por educación quiero decir bondad en la forma que es adquirida al principio por el niño. En efecto, si placer y gusto, dolor y disgusto, se alinean en el alma en su verdadero sentido antes de que se haya alcanzado la edad de comprensión, gracias a una temprana disciplina en las costumbres apropiadas, esta concordia, considerada como un todo, es la virtud. Pero si se considera un solo factor en ello, el bien disciplinado estado de placer y dolor por el que un hombre, desde sus principios, detestará lo que debe detestarse y paladeará lo que deba paladearse, si se aísla este factor y se le llama educación, se le llamará por su propio nombre.»

Platón, a continuación, ilustra sus argumentos de la forma siguiente: «No hay criatura en el mundo que pueda mantener inmovilizado su cuerpo o su voz: éstas tratan perpetuamente de hacer movimientos y ruidos. Brincan y saltan, bailan y retozan por decirlo así, con alegría, y nuevamente lanzan gritos de toda clase. Los animales en general no tienen sentido de orden o desorden en estos movimientos, ni tampoco idea de lo que nosotros llamamos ritmo o melodía.» Pero el hombre, continúa Platón señalando, se distingue del resto de la creación animal precisamente por el hecho de que posee un sentido estético, el cual define él como «el poder de percibir y de gozar del ritmo y de la melodía.» Unid este poder de percepción estética al poder de discriminación entre el bien y el mal y entonces se habrá alcanzado el objetivo más fundamental de la educación.

Tal es la teoría de Platón sobre la educación, y me parece ser elemental simple y palpablemente verdadera. ¿Por qué entonces, ha de ofrecer tales dificultades y, de sí, incomprendibilidad a los educadores modernos? El profesor Taylor, en su Introducción a su traducción de «Las Leyes», ofrece la explicación: «Para Platón, como verdadero griego, la fealdad de la conducta, que está moralmente fuera de lugar, es el más prominente hecho acerca de ello, y la *belleza de santidad*, si se nos permite la frase bíblica, es algo más que una metáfora. A juzgar por el tono de buena parte de nuestra literatura, nosotros somos menos sensitivos: parece que somos un poco lentos en percibir la fealdad y maleficencia como tales, o más bien prontos a admitir el «arte» de la gran perversidad. Tal vez sería una disciplina saludable considerar detenidamente si esta diferencia de sentimientos sería debida menos a una confusión por parte de Platón entre lo bello y lo moralmente bueno que a una falta de cierta percepción estética en nosotros.»

HERBERT READ

(Trad. J. Ruiz.)

¿Visitantes de otros planetas o armas secretas?



EN Estados Unidos hace tiempo que ha dejado de hablarse de un tema, el de los «platillos voladores», que hubo momento que llegó a alcanzar grandes proporciones. Diarios y revistas publicaban continuamente noticias, comentarios y extensos artículos en los que se afirmaba que muchas personas habían visto cruzar el espacio a velocidades fantásticas a esos discos incandescentes. Sin embargo, nunca se ha dicho concretamente ni lo que son, ni de dónde proceden. Al cabo de seis años, el público sigue ante la misma incógnita que el día en que se hizo la revelación.

Fué el 24 de junio de 1947. El conocido hombre de negocios Kenneth Arnold, residente de Boise, Idaho, y que tripulaba su propio avión, notificó que había visto varios «platillos voladores» en el área de Mount Rainier, en el Estado de Washington.

Por ser el Sr. Arnold persona poseedora de conocimientos de vuelo y, por tanto, de fenómenos atmosféricos, se dió relativo crédito a su información que se divulgó rápidamente por todo el país a través de la prensa y de la radio. Por aquella misma fecha, varios individuos más de lugares distintos comunicaron a las autoridades que habían observado unos objetos esféricos atravesando velozmente el espacio.

La repetición de denuncias semejantes, a veces formuladas por aviadores y técnicos que inspiraban garantía, y la insistencia con que la prensa pedía que se aclarase el fenómeno hizo que las autoridades tomaran cartas en el asunto.

El 9 de agosto del mismo año 1947, la Cuarta Fuerza Aérea de Estados Unidos negó la existencia de los «platillos voladores», declarando que no había base ni fundamento para creer en tales objetos.

El 30 de diciembre de 1949, la citada Fuerza Aérea, que se había encargado de hacer las investigaciones necesarias, reveló, en el curso de una conferencia de prensa en Washington, que no era posible decir con certeza que nadie hubiese visto una nave del espacio o un proyectil dirigido del enemigo.

Aclarando las sospechas manifestadas por los periodistas de que se tratara de visitantes de otros planetas, la Aviación estipuló: «Si en algún otro planeta existiera semejante civilización y hubieran podido observar que en la tierra tenemos bombas atómicas y cohetes velocísimos, estarían alarmados».

Como puede verse, estos informes no contenían el menor dato concreto.

El 22 de febrero de 1950, la misma fuente negó otra vez la existencia de los «platillos voladores», pero coincidió que dos de ellos pasaron, justamente en esa fecha, sobre la estación Aero-naval de Key West, a una velocidad de 80 kilómetros más que la de la tierra, y los aparatos de radar registraron el paso. Las autoridades se negaron a hacer comentarios.

La velocidad era un obstáculo que impedía la identificación de los objetos a simple vista, pero no anulaba la realidad, y a pesar de que se trató de atribuir el hecho a efectos ópticos, alucinaciones y fenómenos atmosféricos, la gente no quedó convencida y siguió creyendo que existía algo material que cruzada el cielo a incalculable altura.

El 9 de marzo siguiente ocurrió el episodio tal vez más sobresaliente hasta entonces: aviones norteamericanos F51 y aparatos de retropulsión, que desarrollan grandes velocidades, etablaron la persecución de un enorme disco metálico. El acto fué observado por oficiales del aeropuerto de Wright, Ohio, pero esto no bastó para evitar que nueve días después se volviera a asegurar que los «platillos voladores» eran pura fantasía.

Mientras todo esto sucedía en Estados Unidos, llegaban también informes de otros países en que se relataba que varias personas habían visto objetos que cruzaban el espacio a gran altura y extraordinaria velocidad.

Entre las noticias divulgadas por la prensa y las suministradas en algunos libros publicados en Estados Unidos, queremos reseñar unas pocas, para orientar al lector.

El periódico «Los Angeles Examiner» publicaba, el 4 de febrero de 1947, que la «primera» fotografía de los misteriosos platillos voladores, la había tomado Yeoman Frank Ryman, quien estimaba que el objeto fotografiado viajaba a unos 2.500 metros de altura y a alrededor de 900 kilómetros por hora.

Al día siguiente apareció la foto en el diario acompañada de los siguientes grandes titulares: «¿Qué es esto? «platillos voladores» a 2.500 metros de altura; fotografiados por Yeoman Frank Ryman».

El «Times» de Los Angeles escribía el 27 de abril de 1949: «La Fuerza Aérea no ha desechado la posibilidad de que los llamados «platillos voladores» sean naves de algún país extranjero. Se ha designado a un grupo de agentes técnicos secretos del **Air Material Command** para que estudie los informes sobre los misteriosos objetos. Se han investigado unos 240 informes sobre «platillos voladores» vistos en Estados Unidos y 30 recibidos de otros países. En el 30 % de los casos se trata de fenómenos atmosféricos, meteoros y balones de estudio e investigación de los rayos cósmicos. Del 70 % restante se espera encontrar justificación razonable para otro 30 %. El otro 40 % permanece todavía en el misterio».

Coincidiendo con este período de apasionadas disputas sobre los platillos voladores, Einstein anunciaba sus últimos hallazgos. El 9 de enero de 1950, «The New York Times», periódico de reconocida seriedad, comentaba las declaraciones hechas por el genial físico: utilizando una cuarta dimensión y esta-

bleciendo matemáticamente el hecho de que energía y materia son la misma cosa «el Dr. Einstein ha avanzado un paso más. Ha resuelto una serie de ecuaciones que, en su opinión, expresan toda la relación del universo físico. Particularmente descubren la relación existente entre la gravitación y la fuerza electromagnética que nos envuelve».

Ya antes de estas revelaciones de Einstein, el 23 de noviembre de 1949, la revista «Variety» de Nueva York había insertado un artículo de Frank Scully, autor del discutido libro «Behind the Flying Saucers», en el que daba detalles que indicaban que los «platillos voladores» viajaban sobre líneas de fuerza magnética y, por consiguiente, podían venir de un planeta como Venus y regresar al punto de partida en una hora.

A su vez, en el «Daily New» de Los Angeles, el Comandante Robert B. McLaughlin manifestaba, el 23 de febrero de 1950, que los «platillos voladores» eran realmente «naves del espacio procedentes de otro planeta». McLaughlin es un experto en proyectiles dirigidos.

Abundando en la creencia de que eran visitantes de otros planetas, «El Nacional» de México daba a conocer el 9 de marzo las manifestaciones de un científico mexicano según el cual los «platillos voladores» procedían de Marte y eran tripulados por seres marcianos, como se confirmaría en un futuro próximo.

Las columnas de los periódicos y revistas del mundo entero se llenaron de noticias semejantes, pero nadie ha dicho autorizadamente algo que sea verdaderamente concreto. Los «platillos voladores» han desaparecido del cielo y la gente se va olvidando del acontecimiento, sin haberse enterado de lo que eran ni de dónde provenían.

¿VISITANTES DE OTROS MUNDOS?

Si aceptamos la teoría de la igualdad de energía y materia, y tenemos en cuenta que hay innumerables mundos, planetas y astros en el universo, muchísimo más antiguos que la tierra, habremos de admitir que pueden existir en ellos seres mucho más antiguos que el hombre, aunque su forma y su naturaleza difieran por completo de las del ser humano. Del mismo modo, ninguna buena razón poseemos para negar la posible existencia de civilizaciones que antecedan a la nuestra en millones de años. Ahora bien, si en alguno de los mundos anteriores a la formación de la tierra existen criaturas dotadas de inteligencia y de facultades, como el hombre, para desarrollarla, ¿con qué fundamento aseguraremos que sean incapaces de visitarnos? ¿Por qué no podrían haber logrado cruzar las enormes distancias interesaciales que los separan de nuestro planeta, cuando nosotros mismos estamos estudiando la posibilidad de llegar a Marte, a Venus o a la Luna? Ahí están las declaraciones del Dr. Wernher Von Braun y de un grupo de notables científicos de Estados Unidos y de otros países que creen en la realización del viaje a la Luna y trabajan para llevarlo a cabo. Si el hombre es capaz de semejante hazaña, si, como se da por seguro, podemos crear un satélite artificial que gire alrededor de la tierra en su propia órbita y que nos sirva de escala y de trampolín para continuar desde él nuestra excursión a través de la inmensidad, ¿por qué rechazar la

hipótesis de que otros seres millones de años más antiguos hayan podido pensar y ejecutar lo que ahora nos proponemos nosotros?

Nadie podrá negar tal hipótesis, máxime cuando apenas conocemos nada de lo que existe a millones de kilómetros de distancia. Todo lo que hasta ahora sabemos de los planetas más próximos al nuestro no es suficiente para rechazar la idea de que en esos mundos existan seres vivos. Se alegrará, por ejemplo, que la atmósfera de Marte no es propicia para nuestra vida, que el hombre no podría vivir en ella; pero eso no arroja ninguna luz ni sirve para afirmar que ningún otro tipo de ser pueda tampoco vivir.

En la profundidad de los mares no pueden vivir el hombre ni los animales terrestres y sin embargo en ese medio existe una multitud de seres distintos. De igual forma que los diversos habitantes de nuestro planeta se adaptaron, en el curso de la evolución, al medio en que les tocó existir, así, otros seres puede que vivan en distintos mundos, adaptados a las condiciones que prevalezcan en cada uno de ellos.

No es, por tanto, negando la existencia de seres vivos y dotados de inteligencia en otros planetas como podremos llegar a una conclusión acerca del origen de los «platillos voladores». Son consideraciones más simples las que pueden orientarnos llevándonos a una idea más precisa que las expuestas hasta la fecha.

La ola —llamémosla así— de «platillos voladores» se produjo en los tres años siguientes a la terminación de la segunda guerra mundial. Los objetos vistos en el espacio por distintas personas y en diferentes lugares viajaban siempre de este a oeste y a gran altura. Desde hace más de dos años no se han vuelto a ver «platillos voladores».

Es lógico suponer que si tales naves del espacio hubiesen procedido de otro planeta, algunas por lo menos habrían llegado a aterrizar, acaso en medio de una ciudad, o se hubiesen aproximado más deteniéndose a baja altura para observar, ya que éste habría sido sin duda el objeto de su viaje.

Esta sola razón sería suficiente para desechar tales presunciones. Pero hay más: caso de existir seres con inteligencia para haber creado un medio de transportarse hasta nuestro planeta, aun cuando alguna circunstancia no les fuese posible descender más ni detenerse, habrían tratado de lanzar cualquier aparato de exploración, dejando alguna señal que nos indicase su origen.

Supongamos que nosotros llegásemos a la misma proximidad de la luna que los «platillos voladores» llegaron de la tierra. Es indudable que, de no poder descender y detenernos, por lo menos arrojaríamos algún objeto —algún globo o aparato especial— previsto para tal circunstancia.

Sin necesidad de más razonamientos, hemos de abandonar la idea de que los «platillos voladores» sean de origen interplanetario.

¿ARMAS SECRETAS?

No es fácil penetrar en los llamados «secretos militares» que cada país custodia. Hagamos, sin embargo, algunas consideraciones.

Recordemos, en primer lugar, que, durante la última guerra mundial, Hitler pidió a sus ejércitos que resistieran unos meses más y estaría terminada una nueva arma que daría la victoria a Alemania en pocos días. Poniendo en relación esto con el desarrollo y perfeccionamiento alcanzados por los técnicos y hombres de ciencia alemanes en la creación de proyectiles dirigidos, se comprende fácilmente que lo que estaban preparando sería algo semejante a los «platillos voladores». Fué también Hitler el primero que pensó en la construcción de un satélite artificial que girase alrededor de la tierra en su propia órbita. Muchos de los especialistas germanos que se hallaban trabajando en esos proyectos fueron hechos prisioneros por Rusia y desde entonces se encuentran a su servicio.

Es precisamente uno de esos técnicos alemanes, el Dr. Wern Von Braun, que actualmente está en Estados Unidos, quien ha construido los gigantescos cohetes que han alcanzado más de 30.000 metros de altura y con los cuales asegura que puede llegar a otros planetas. Von Braun ha declarado que para construir un satélite que gire más allá de la zona de gravitación sólo necesita cuatro mil millones de dólares; lo demás, teóricamente, lo tiene resuelto. Esto nos da una idea de lo avanzado que llevaban el proyecto los alemanes y los conocimientos que sobre el asunto deben tener los compañeros del Dr. Von Braun que se encuentran en Rusia.

Actualmente se cree que los rusos van a la cabeza del mundo en el desarrollo de naves del espacio y proyectiles dirigidos desde tierra, que alcanzan velocidades increíbles. Lógico es suponer que tanto con unas como con otras se hayan hecho experimentos.

Por otra parte, el 11 de febrero de este año, el periódico «Star» de Toronto dejó saber que el Gobierno de Canadá estaba construyendo un «platillo volador» (ya se le daba este nombre) que alcanzará 2.500 kilómetros por hora. Un portavoz oficial declaró que el proyecto llevaría dos años. El periódico agregaba: «Los informes han sido tan persistentes y aparente-

mente auténticos que los científicos admiten la posibilidad de que Rusia haya llevado a cabo descubrimientos similares, pero en grado mucho más avanzado.»

Es indudable que Estados Unidos tampoco se ha quedado atrás en el desarrollo y perfeccionamiento de naves, cohetes y proyectiles. La energía atómica ha sido aplicada, en una u otra forma, a diversidad de armas, entre ellas submarinos. Aunque se conocen algunas, es natural suponer que otras, probablemente las más sorprendentes, permanezcan en el misterio, amparadas por el secreto militar. Entre las últimas dadas a conocer por el gobierno norteamericano figura una cuya existencia fué revelada el pasado 25 de agosto. Se trata de un proyectil defensivo, guiado electrónicamente, que puede elevarse, lanzarse en picada, deslizarse lateralmente, dar vuelta en redondo y cambiar de dirección para atacar a cualquier avión enemigo que trate de llegar a territorio de Estados Unidos. Esta nueva arma mide seis metros de largo, 50 centímetros de diámetro, y pesa 4.600 kilos. Las instalaciones para guiarla están construidas en galerías subterráneas.

Inglaterra y otros países también han llevado adelante sus proyectos atómicos y se han dedicado en los últimos años a perfeccionar modelos de aviones supersónicos, cohetes y armas que mantienen en secreto.

Cada nuevo invento o perfeccionamiento de naves del espacio y de proyectiles construidos, necesariamente ha tenido que ser sometido a pruebas, antes de ser aceptado.

La gente no puede penetrar en los secretos militares, pero ha visto «platillos voladores» y sabe que no son visitantes de otros mundos sino objetos de nuestro propio planeta, lanzados al espacio en pruebas experimentales, desde uno o varios lugares y por uno o varios países. El pueblo intuye razonablemente que los «platillos voladores» no son otra cosa que armas secretas, quién sabe si mucho más terribles aún que la bomba atómica y la bomba de hidrógeno.

José de la VEGA

ETNICA HIBRIDACION



A operancia civilizadora de los híbridos étnicos —de la racialidad mestiza o impura, diría la necedad nazi— y de lo que la sociología más fresca llama la mentalidad móvil y los contactos culturales, con el abatimiento de barreras y fronteras, la pone en Asia de manifiesto la oscurada, aunque resplandeciente aún, espiritualidad siria, que presentiza el reciente volque-

tazo de Chichekli.

Fué ese calcetín el que filtró el chirle del jesusismo con Saulo; el judaísmo de los Caiases y la parte dorada o plomiza del helenismo; el que desbravó al Islam y a los salvajes feudales góticos de las Cruzadas.

En ese tablero ha jugado el racionalismo su partida de ajedrez, durante más de media historia.

La hibridez racial ha hecho su prueba felizmente, con confusa miscelánea de sangres e intercambio activo de «mores», en España y en Grecia primero; y modernamente, en la Gran Bretaña, los Estados Unidos y la América del Sur. Nada hay tan difícil, como especificar a qué familia pertenece auténticamente un marinante inglés de nuestros días.

Todas las naciones, que acabo de mentar, son gazpachos, chanfainas o revolturas de pueblos, siempre desasentados y en peregrinación, unos en su infancia y otros a la caída del pelo, y entre ésta y aquella estación.

La vascular y campechana comunicatividad, la santa y sacra diversidad, la libertad divinísima, han

presidido la química síntesis de tales conglomerados. El fermento de sus almas inquietas y la agilidad y alacridad de sus talares mercúricos, los defienden contra la barbarie de cultos y la estrechez de hormas, y los ha impedido estratificarse.

Siria aporta una nueva demostración al teorema de Heráclito, que afirma que el cosmo es un río, y no una montaña y una berrocosidad, estrellada o no.

Algo desabrigadamente se ha escrito —yo mismo me constipé constatándolo— que Persia es la Grecia de Asia; lo que no tiene de verdad el menor viso. El Irán está arrojado en una altimesa estéril y languidece en las desolaciones de más de un páramo. Floreció ahí un imperio, que era una hedentina, además de una religión cerrada como un calabozo. Poblaron la rasiplanicie los arios. Irán o Irania vale tanto como Arián o Ariana; e iranio, como ariano. La prole hereda mendelianamente los defectos de la progenitura. Los arios eran rezadores y beligeros. Constituían la horda modélicamente amiga del espadeo y la crucifericie.

Grecia y España son las puertas traseras de Europa. Saltando esas tapias o bardas de corral legalista, han salvado la vida y los lares, los fugitivos, de cuantos nos quieren llevar a la fuerza al cielo a los que nos da vómito el solo pensar que tenemos que ir atados a él, en verdadera trailla. Por la gatera siríaca han salido haciendo fu, cuantos gatos perseguían ladrando los perros de la apropiación y de la conquista protohistóricas.

Siria ha sido tan alada, que se puede decir que nunca ha estado estabularmente establecida. Jamás tuvo Constitución, ni leyes; ni las necesita para maldita de Dios la cosa. Como no era argamasa, ni por pienso pensó en consolidarse políticamente; ni se cimentó en la angularidad de un Yus de hormigón, como Roma, y de un cañonudo canon como el de la papa papal.

Damasco dió emperadores al Septimoncio. Pero, por ello renunció gustativa a ser imperial. Sufrió el yugo de khanes caninos, de sultanes y de faraones; pero, desde allí no se encolleró a nadie. Era manufacturera y artista y sabía el respeto que merece el trabajo, aun cuando suda para el **sumptus** de los de la permanente merienda. No adoraba al sanguinoso Moloch de los fenicios, ni al ronco y bronco tronco del Jehová hebraico; sino a la inmortal Astarté, ante la que se enroscan de voluptuosidad las serpientes, no para estrangularla de homicida amor en sus anillos, sino para coronarla de rosarios de gemas y para enredarse enroscadas al cabello.

Todo ello no puede ser más natural en el geo de Siria, y con su **gens, genos** o **genus**. Tiene la Venus siria por almohada los pies del Tauro, sus escarpes; por rozagante cola, el Mar Rojo; por arbotante oriental, la bifurcación libánica; y por fluido corsé occidental, el piélagos de las sirenas, de ojos color de peridoto. En el barrancal que secciona el país, entre el Líbano y el Antilibano, se arregaza el Litany, de perennes linfas y ninfas. A este refugio llegan del Cáucaso, por Capadocia, caravanas de errantes insumisos, fundaron Gargamis. De los inhóspitos desiertos del Este, vienen insubugables cananeos y libérrimos beduinos, que inundan las costas e inventan las artes de pesca y de navegar, para criarse y por sí hay que salir de estampida. Parte de esta inmigración se apoltrona en Arad. Los que duermen solamente con un ojo ocluso, como las liebres, construyen el puerto de Beiruth; y echan los cimientos de Biblos, la biblia más antigua del mundo. Y estas volantes polvaredas, tan aireadas y ebrias de sol, producen, al encamarse, los inestagnables lodos y subconscientes de febrilidad, que, gracias a Dios, aun nos salpican hoy a algunos.

Angel SAMBLANCAT

Labor de Eugen Relgis en América



PERTENECE Eugen Relgis a la generación de escritores que, después de la primera matanza mundial, consideraban que por vía del espíritu, como creación del raciocinio, podría encontrarse la senda por donde la humanidad habíase extraviado, en aquella catástrofe vertiginosa de los años 1914-1918. Inspirado por esa gran ilusión, que removió las cenizas de un mundo pulverizado en la vorágine sangrienta, en todos los países

Europeos surgieron voces que clamaban por una resurrección, producto de una confesión íntima, un balance generoso de cuanto el individuo había hecho en el terreno intelectual y humanitarista y los resultados negativos de esa labor que no habían podido evitar tamaño cataclismo.

El manifiesto de Romain Rolland, «A los pueblos», dió origen a ese movimiento insurgente en el alma de Europa, que Eugen Relgis ha estudiado con tanto cariño y pasión, pues que conforman la admirable por muchos obra posterior de esta figura insigne. Las mentalidades más robustas, tanto

de Europa como de América, unidas en un sentimiento fraternal por sobre falsos nacionalismos, se dieron a la tarea de ese reencuentro que Eugen Relgis recoge en sus «Peregrinaciones europeas», libro que encierra el pensamiento del heredero espiritual de Romain Rolland.

Andreas Latzko, Arnold Zweig, Hans Driesch, Pierre Ceresole, Ernesto Glaeser, Leonard Frank, Emil Ludwig, Stefan Zweig, Banville d'Hostel, Edmundo Privat, Paul Birukoff, George Fr. Nicolai y el mismo Albert Einstein—que años después pondría su saber al servicio de la muerte—y cien más, se agruparon en torno a los principios sustentados por Romain Rolland en su manifiesto y por Henri Barbusse en «Clarté», provocando una revolución en el sentimiento dolorido de una Europa hecha cisco en una guerra que despedazó a dos generaciones de hombres, padres e hijos. Ese movimiento de fraternidad, de entendimiento común, ajeno a fanatismos patrioterros, por encima de pasiones belicistas, pronto adquirió resonancia internacional. Y mientras Europa suturaba sus tejidos, los hombres de buena voluntad, como les denominó Jacques Maritain e inmorta-

lizó Georges Duhamel, abrían nuevos caminos de acceso a la comprensión humana, presididos por los ideales de Tolstoi, de Mahatma Gandhi y del pensamiento activo de la Francia revolucionaria en su contenido humanitarista, al que Eugen Relgis dió forma y dimensiones definidas y anchurosa amplitud.

Por su obra fecunda, Eugen Relgis se ha convertido en un soldado del espíritu bajo los predicados de Tolstoi, de Gandhi, de Popper Linkius, de León Follin, Max Nettlau y Romain Rolland.

Estos ideales, a los que consagró todo su saber y energías, habrían de proporcionarle los sinsabores de toda lucha frente al medio hostil, tan desigual, hasta que su nombre sea una bandera para cuantos pongan confianza en el porvenir inmediato de la humanidad. Habiendo experimentado en carne propia todo el pesado rigor e inmenso dolor de la última vorágine que envolvió Europa—de cuya casa propia fué arrojado por las hordas teutónicas—por obra de dos meritisimas figuras de relieve continental, que pusieron de su parte toda la influencia para rescatar a tan excelsa vida espiritual, Eugen Relgis pudo refugiarse entre nosotros para proseguir aquí la trayectoria de intimidad humana interrumpida en el viejo mundo.

Relgis observó al fin cómo declinaba el poderío del nuevo Atila que en un instante de la historia moderna amenazó con arrasar hasta en sus más sólidos cimientos la cultura continental y volver la civilización a épocas pretéritas, al estado cavernario. Desde Gengis Khan a nosotros ningún otro bárbaro que la pantera tedesca puso tanto miedo y sembró de pánico el mundo. Con su inmenso ejército de vasallos y lacayos, nadie más que él pudo jactarse de ser ensalzado en todos los templos de la vieja Europa. Por él se elevaron preces como jamás se ha visto en naciones civilizadas. Pero la fuerza de las armas ha trastrocado la victoria en derrota. Y el amo virtual de Europa, que ha desafiado las iras de todas las conciencias libres, mordió el polvo de la derrota, en forma fulminante y definitiva.

Eugen Relgis ha observado todo el proceso evolutivo del ídolo forjado por las heridas de una guerra y que otra guerra exterminó. Pudo hacerse una composición de lugar respecto de los alcances de este fenómeno, que no por ser dejado de lado nuevamente con una paz pasajera, montánea, dista mucho de constituir una solución para los problemas europeos y mundiales. Cerca del crisol donde se funden las ideas nuevas, a cuyo calor se desenvuelve, no pudo olvidar que otro ídolo, más antiguo, pero que utilizaba armas aparentemente menos mortíferas, se apoderaba de la conciencia humana para someterla a una tiranía exactamente despiadada y despótica. El totalitarismo que encarnaron las tribus nazis era sencillamente una copia de los procedimientos aplicados por la *democracia* soviética contra sus enemigos. Era la tiranía encarnada en un partido, siendo parte de un sistema exactamente igual, de alcances paralelos y fines uniformes. Sin embargo, las circunstancias, llevaron al fascismo anglonorteamericano a luchar codo con codo al lado de los dictadores del proletariado, en un conubio del que hoy se lamentan todos los hombres libres del mundo.

Aquel consorcio entre la democracia capitalista y la *democracia* comunista pone un estigma en la primera página de la historia contemporánea, porque selló el destino de la libertad de los pueblos, que así se ven aherrojados bajo el peso de las dictaduras que soportan los pueblos aledaños al Vístula, al Danubio, al Rhin y al Manzanares. Toda la confianza que las naciones débiles habían depositado en los grandes conductores de los destinos del mundo occidental, pronto se vieron defraudados ante la carta de ciudadanía que los señores del dólar y la libra pusieron en manos de los déspotas tártaros, hoy dueños y señores de las esperanzas inmediatas de nuestro mundo de libertad.

Eugen Relgis, no ha visto en este cambio de mutaciones entre los gobiernos beligerantes sino un fenómeno natural,

sólo admisible en los traficantes de las conciencias. El procedimiento es clásico, y fatalmente en él caen todos los políticos que se elevan a tales alturas, que pierden, con lo ampuloso del poder, los sentidos del tacto y del olfato desarroillados en otras especies animales, más perdidos para los gobernantes de nuestro tiempo. Resulta doloroso y hasta inconcebible que el hombre moderno, sometido a una disciplina férrea en los aspectos morales, intelectuales y políticos, renuncie con tanta facilidad a lo que fué y pierda la fe en los destinos del mundo sometido, no bien se alce con poder para dictar leyes y aplicar disposiciones. Eugen Relgis ha tronado contra estos elementos vendidos, entregados a la molición aplastante que produce la función gubernamental, al peso de la burocracia. Tales elementos se convierten en batracios, sin inmutarse al paso del fétetro de la libertad, sin tener en cuenta que la revolución no se detiene y que tanto más radical es un hombre de ideas, sostenidas en toda la línea, en forma vertical. Cuánto cuesta a un hombre libre de la talla de Eugen Relgis mantenerse enhiesto, en su puesto de combate, ¡sólo los dioses lo saben!

Pocas figuras en los tiempos modernos han abrazado con tanta pasión ideales cual este peregrino del humanitarismo. Entre ellos, todos amigos suyos, cabe mencionar a sabios como Nicolai, Upton Sinclair, Waldo Frank, Rudolf Rocker, Alberto Camus. Hombres nacidos ayer, para generaciones futuras, formados en las duras disciplinas de la cultura, que tomaron contacto con el pasado en pos del porvenir. Residentes en un mundo convulsionado, se entrechocaron con la cruda realidad de una desorganización social cada vez más complicada y desarticulada.

Después del primer desastre a principios del siglo, con un corto intervalo, los pueblos fueron nuevamente arrastrados a tomar las armas. La primera gran decepción que les inclinó a recorrer el mundo del espíritu para buscar las partes sensibles de la humanidad, se ha convertido en desilusión al ver cómo la libertad, ya de sí manoseada, llega a cercenarse. Y los pueblos se someten ciegamente al fetichismo creado por una mística política, falsa como su propia esencia, pero utilizada como pasto de los déspotas. Los hombres como Relgis, de temperamento sensible, ven cómo el mundo es presa del pánico, que vive con miedo pasmoso y no se atreve a pensar ni a reír. Apenas se presta a la mueca, ocultando detrás de esa figura simiesca todo el terror letal con ruidos de motores, chirriar de hierros y cadenas, rugidos de tiranos y llantos de víctimas ante el muro de ejecución.

Se necesita disponer de un caudal enorme de energía e inagotable dosis de serena comprensión y confianza en los destinos humanos para resistir a tanto dolor junto, desechar tanta incompreensión y reconcentrarse en sí mismos para hacer frente a tanto sometimiento inútil. Sólo los grandes ideales infunden esa seguridad, esa fe para proseguir el camino que otros, menos dotados de virtudes, no lograron recorrer. Únicamente guiados por esa estrella, los hombres de la talla moral de Eugen Relgis pueden ver compasivamente cómo las multitudes se atropellan por morder un trozo mayor de pan, por sobrevivir a una época tan poco espiritual, que todo lo metaliza. Ver, reconcentrarse en sí mismos, y pasar, observando cómo los pueblos tratan de erguirse, atropellarse en este desbarajuste, sin encontrar su propio camino. Y cómo, atenzadas sus gargantas por la amenaza de agentes encarnados en la violencia organizada, su acción ha de concretarse al registro de los movimientos sociales que desarrollan las tres etapas principales de la vida, hoy atrozizados por el espectro de las bombas atómicas.

Esta triste situación determinó que mentalidades robustas como las dos grandes figuras de la cultura alemana contemporánea, Stefan Zweig y Ernest Toller, que todos admiramos por cuanto nos dejaron de sí mismos, presas de esa amenaza latente que vivimos hayan determinado separarse de nuestro mundo, lo mismo que otro gran admirador de

cuanto ennoblecía al espíritu, Alfredo González Prada, hijo del poeta peruano, no haya podido resistir al choque violento de la libertad escarnecida contra la dictadura embravecida, belicosa y soberbia.

Y en tanto estos dolorosos fenómenos se suceden y el corazón se estreme al observar el horizonte de nuestro destino a la luz de las circunstancias actuales, Eugen Relgis resiste. Predicador de fe irreductible, desde su reducto de la Atenas americana, escribe libros, manda artículos a la prensa libre del mundo entero, pronuncia conferencias, recoge el calor de los camaradas, estimula a los indecisos, alienta a los impetuosos y medita. Para Eugen Relgis no ha pasado en su vida más que el tiempo. Sólo las arrugas y las amarguras hacen de los surcos de su espíritu nervios templados y músculos para seguir adelante. Como Sócrates, él está presente frente a los tiranos para agitar al hombre y volverlo a la realidad de su mundo moral, obedeciendo al mandato humano de dulcificar los dolores del siglo a través de su pensamiento, la doctrina humanitarista que como tal se conoce en varios continentes.

No es Eugen Relgis el único sobreviviente de esta conmoción que en los últimos años ensombreció la tierra. Como testigo dolorido de este proceso de la historia contemporánea, él ha desarrollado durante su permanencia en América una vasta obra que comprende un nutrido volumen consagrado a Romain Rolland, el gran europeo; otro volumen al cazador de almas, Stefan Zweig; una edición castellana de su «Míron el Sordo»; otra de sus clásicos «Principios Humanitaristas»; otro de su utopía «Cosmometápolis», en homenaje a los ideales de Henri Léon Follin. Aparte, dió un volumen consagrado a Max Nettlau, a través de «La paz mundial y las condiciones de su realización»; un nutrido volumen «Historia Sexual de la Humanidad», y un tomo de sus «Peregrinaciones europeas». Esta obra concretada en tan pocos años en ocho volúmenes que dió a la estampa, pone en evidencia el espíritu dinámico de este incansable trabajador del espíritu, aparte de su colaboración en la prensa de Europa y América especialmente.

Aparte de su labor desarrollada desde el Uruguay, donde actualmente reside, Eugen Relgis ha pronunciado hace algunos años conferencias en la República Argentina, algunas de las cuales fueron en un principio auspiciadas por el Colegio Libre de Estudios Superiores. En ellas ha puesto de manifiesto el valor de los grandes conductores humanos, no ha través de su doctrina solamente, sino de sus personas.

Trotamundos que es, pudo alternar en sus peregrinaciones con lo más selecto del espíritu nuevo que anima al mundo a través de sus hombres más representativos. Ultimamente ha pronunciado un ciclo de conferencias en el Brasil, animado por dos figuras señeras del movimiento social de avanzada en aquel país, como lo son el profesor José Oiticica, vastamente conocido por su obra manumisora, y Manuel Pérez, que le secunda en esa labor de redención.

Como Bertrand Russel, Benedetto Croce y George Fr. Nicolai, Eugen Relgis es una de las figuras prominentes del pensamiento social contemporáneo, que hacen sentir su presencia en nuestro siglo. Para Relgis hay una sola causa conducente a la libertad del individuo y es el ideal que conduzca a la superación humana. Ninguna otra manifestación le es adversa. Intransigente en concesiones ideológicas, permanece fiel a sus postulados. Amigos europeos que admiran su labor y conocen la trascendencia de su mensaje, han propuesto a la Academia sueca el nombre de Relgis, y su obra como candidato al Premio Nobel, por estimarlo en justicia, más que ningún otro escritor de su talla en este momento, acreedor a tan alta distinción. Su obra de tantos años en pro de una conciencia humana que transforme a los pueblos en hermanos y, por encima de las fronteras y sobre las pasiones, establezca el ideal de la fraternidad, ha adquirido tales proyecciones que le caracterizan entre sus contemporáneos.

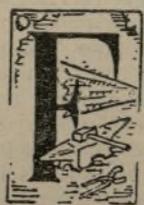
Nada tendría de particular ese homenaje europea a una de sus figuras más prominentes. Por lo demás, es tiempo que la humanidad sepa distinguir a sus conductores y admirar a desinteresados profetas del mundo nuevo, soldados en la causa común que nos alienta, y hasta diríamos obligación de mitigar en un acto demostrativo tanto sacrificio como heroísmo anónimos imprescindibles para la creación y desarrollo de una obra de pensamiento tan vasta como la realizada por Eugen Relgis, en varias lenguas, durante cerca de cuarenta años.

Sin embargo, al saberlo Eugen Relgis, se opuso terminantemente a esa proposición, rechazando el homenaje por estimar que la institución sueca es un instrumento del despotismo estatal, que desnaturaliza los fines con que el Premio Nobel ha sido instituido, y por consiguiente enemiga de los ideales por que luchan los hombres. Este es Eugen Relgis, hombre de pensamiento y de fe, trabajador por la revolución del espíritu.

CAMPIO CARPIO

Anotaciones al pensamiento de Nietzsche

EL CANTO DEL SUPER-HOMBRE.



FRIEDRICH NIETZSCHE vino al mundo en 1844 en la ciudad de Roecken. Estudió Filosofía clásica y más tarde desempeñó el cargo de profesor de la misma materia en la Universidad de Basilea.

Nietzsche tomó parte activa en la guerra de 1870, pero enfermó de tal modo que sus males le aquejaron para toda su vida. Su carácter pacífico y su espíritu sentimental y retraído, contrasta grandemente con el personaje central de toda su obra literaria. Aparte de tener una voluntad férrea, se inclinaba por lo bello y por todo lo que significa aristocracia.

Puede decirse que su filosofía se basa en la afirmación de la vida y en buscar y glorificar al superhombre. El ser humano debe libertarse de lo engañoso, de la pequeñez, de lo mezquino que contiene la vida cotidiana y contemplar desde lo más alto la vida en toda su dignidad y captar su ausencia.

El hombre corriente se sumerge en la corriente vital y se deja arrastrar por ella. En verdad, corresponde al ser humano enfrentarse a la vida y tomar una posición de afirmación o negación. No puede ser una posición de negación porque ello sería un signo de debilidad y de cobardía. **Afirmar la vida es como se le encuentra valor.**

Piensa Nietzsche que no son la felicidad, ni la dicha, ni la virtud, los ideales de la vida. Ellas no pueden servir para calcular su valor. La virtud es el ideal

de los pequeños. La ética valórica nietzscheana toma como patrón de medida para el valor vital la grandeza misma del ser. Es decir, **la medida del valor de la vida se deduce por lo grande que el individuo es en sí mismo.**

En la obra de este fino poeta y delicado escritor puede percibirse la clasificación que del hombre hace. Nietzsche divide a los hombres del modo siguiente:

— **Los pobres de espíritu**, quienes suponen la igualdad humana.

— **Los mediocres**, que forman la gran masa y permanecen indiferentes ante la grandeza.

— **Los falsos moralistas**, son los individuos que por envidia y horror a la grandeza prefieren reprimir el reconocimiento de ella.

— **Los engañados**, entran en este grupo los pesimistas, los amargados, los que niegan la voluntad de vivir. (¿Schopenhauer...?)

— **Los débiles** o esclavos de la voluntad.

Pocos hombres viven siguiendo las normas que exige la existencia de las individualidades grandes. El débil sucumbirá, dejará de existir, cuando los hombres se propongan como meta final de su existencia el desarrollo de la grandeza humana.

Sin embargo, el cantor de Zarathustra acepta que la masa de individuos pequeños debe contar para dar origen al desenvolvimiento del superhombre. Esta masa debe dar paso y contribuir a la evolución progresiva de los grandes hombres. Los grandes individuos los buscó Nietzsche entre los poetas de la Grecia Clásica. Por un tiempo pensó que la máxima afirmación de la vida se encontraba por la unión de la tragedia y la música. De esta síntesis nacen dos sentimientos: el sentimiento dionisiaco, mediante el cual escapamos del pesimismo y percibimos la eternidad de la voluntad, y el apolíneo, por el cual nosotros consideramos nuestro mundo, como una obra de arte, expresión suprema de lo estético, de la belleza.

Este sentimiento por lo helénico lo llevó a su gran estimación por el músico Ricardo Wagner. Nietzsche creyó ver en el autor de la «Tetralogía» la reencarnación del genio griego, un representante auténtico de la individualidad que él buscaba.

Después de su fracaso con Wagner, Nietzsche buscó al superhombre en el espíritu libre y sereno del pensador.

El superhombre es el individuo que está por encima de todos los demás. Es un hombre que sobresale de los otros y puede llegar a constituir una nueva especie humana, la culminación de la individualidad humana. Este superhombre siente la esencia de la vida en la propia existencia, siente en su interior la fuerza de existir. El superhombre aspira al poderío marchando al unísono con el cosmo, con las fuerzas que impulsan al mundo. Hay una escala de voluntades de poderío y sobre todas ellas está la voluntad de poder del superhombre. El superhombre es un ser altamente capacitado y con un sentido exacto de lo práctico y conveniente.

El superhombre no se detiene ante nada. El mismo se da su escala de valores. Sobreponese a las fatigas y dificultades que encuentra en su existencia. Se valoriza a sí mismo. Lo bueno en la moral del super-

hombre es todo aquello que exalta la voluntad de poder, lo que contribuye a su formación. Es malo lo que va contra sus fines.

Contra esta ética del superhombre está la de los espíritus débiles y egoístas. Los individuos que no sobresalen —según Nietzsche— aceptan la moral del resentimiento, la religión cristiana, que elogia la fatiga, aboga por la igualdad de los seres, es la moral de los esclavos, de los incapaces.

El espíritu señorial del superhombre debe libertarse de esta moral que fomenta el entorpecimiento del desarrollo de lo grande. El espíritu de los señores de antaño debe resurgir en el del superhombre para concentrarse exclusivamente en el ideal de la existencia que es el de la voluntad de vivir.

¿ANTISEMITISMO?

Cuando damos una mirada retrospectiva hacia el pasado histórico, vemos con espanto que la humanidad siempre se ha dividido en dos grupos: combatientes y combatidos. Raro es el siglo en que los hombres no se conviertan en perseguidos y perseguidores.

Caso típico de la inconsecuencia humana es el odio al semita, la animadversión que unos sienten por el judío. La última batida contra el elemento judío la inició el teutón Hitler, el sustentador de la tesis del ario puro.

El Führer basaba toda su ideología en la idea del filósofo Nietzsche, el cantor del superhombre y el dominio del más fuerte.

El partidario de las doctrinas del nacional-socialismo veía en el autor del Zarathustra el maestro ejemplar que le señalaba los cánones de vida a seguir. Nietzsche era considerado por el nazi como el auténtico perseguidor del semita.

Sobre este problema del antisemitismo hemos tenido la suerte de leer dos ensayos hechos por dos mentes singulares de nuestro tiempo: uno es el ensayo de **Jean-Paul Sartre**, «Retrato del antisemita», y el otro, «Nietzsche y los Judíos», de **Richard M. Lonsbach** al cual vamos a referirnos en estas cuartillas.

Hoy, a 53 años de la muerte del filósofo del vitalismo, Lonsbach nos muestra un estudio de la obra completa de Nietzsche. Señala en su trabajo, principalmente, todo lo que se refiere al antisemitismo nietzschiano.

Lonsbach hace una portentosa contribución a la historia de nuestra civilización occidental y aclara uno de los errores más graves en que habíamos caído.

La revisión que Lonsbach hace de los escritores nietzschianos es de carácter filosófico y basándose en auténticos detalles. Como bien dice Máximo Kahn, «un maestro de hombres parecía haber hecho traición a la causa de ellos, un ministro del odio parecía no haber odiado a los que odian la ancestral sabiduría judaica. La revisión de su proceso tácito propulsada desde hace unos quince años, encontró en Lonsbach a un juez eminente: intrépido, inteligente y circunspecto».

Nietzsche fué un admirador del Antiguo Testamento y su entusiasmo le llevo hasta imitar su lenguaje. Para lograr el triunfo de su superhombre, aceptaba la contribución judaica.

Se dió cuenta que la ética cristiana y la judía son

la misma. Su descontento y desprecio por el cristianismo hace pensar a aquellos que no comulgan con sus ideas, que tampoco simpatizaba con el judaico, es decir, piensan que también Nietzsche odiaba al judío. Nada más faltó de verdad: Nietzsche sólo reprochaba al judío el que haya sido el generador del cristianismo, ya que «el cristianismo es un judaísmo emancipado».

Lonsbach trae como prueba del no antisemitismo en Nietzsche lo siguiente: «el principio de amor sale de la pequeña comunidad judía; es un alma muy apasionada la que fulge debajo de una ceniza de humildad y miseria... La canción que escribió Pablo, exaltando el amor, no es en absoluto cristiana; en ella se alza judaicamente la eterna llama, que es semita...»

Nietzsche ve en el judío al hombre que ha soportado las peores peripecias en la vida. Como simpatizador de todo lo que significa vida «alaba el amor a la vida que en los judíos rige aún más vigorosamente que en los griegos, el pueblo que adoraba en su juventud» (1).

Por una ironía del destino siempre se ha visto en Nietzsche al propugnador del odio hacia el semita. Pero él mismo se encarga de hacer la apología del semita: «si el cristianismo lo ha hecho todo para orientalizar el occidente, el judaísmo ha contribuido esencialmente a volver a occidentalizarlo lo cual quiere decir, en cierto sentido, hacer de la misión y de la historia de Europa una continuación de la griega».

Los genios del pensamiento humano son a menudo traicionados. Sus concepciones son tergiversadas. Lonsbach sostiene, y con justa razón, que: «Nietzsche no habría escrito ni un solo aforismo si hubiera sabido que de su transvalorización se haría una desvalorización; Voltaire no habría formulado ni una sola de sus ideas ardientes si hubiera adivinado que reviviría una vez al estado de como lo hicieron; Marx no habría cavilado sobre la exterminación de la pobreza, si se hubiera dado cuenta que tiempos venideros tildarían de delito una empresa de tal índole. Ningún evangelista judío habría grabado en el papiro sus visiones ardientes si se le hubiera dicho que el odio y el amor a lo presente harían inútiles sus sinceros relatos. Tal vez, incluso, al americano Wright hubiera vuelto a destruir los proyectos de construcción de su aeroplano si hubiera presentido que en un futuro próximo la humanidad se serviría de él para dar a seres inocentes y dichosos de vivir la menos merecida de todas las muertes...»

ETERNO RETORNO.

La cuna del pensamiento filosófico fué Grecia. Sus habitantes fueron los primeros preocupados por el juego metafísico y la dialéctica. Más adelante nos encontramos con otro pueblo que también ha ofrecido en la filosofía figuras de gran talla: Alemania. No es menester mencionarlas; sólo nos referimos a un hombre cuyo pensamiento ha dado luz a dos corrientes de la filosofía contemporánea: la **axiología** y el **existencialismo**.

No hay que decir más: hablamos de Federico Nietzsche. La preocupación europea por alcanzar un

absoluto metafísico y el estudio profundo en los vericuetos de la metempsicosis oriental aunado a la interpretación errada que el siglo XIX dió a la física teórica, influyeron poderosamente en el espíritu de Nietzsche.

El hijo de Roecken halló una nueva religión en su doctrina que él llamó **Eterno Retorno**. Esta doctrina que parece tener su fundamento en el presocrático **Heráclito**. El Oscuro de Efeso imaginaba la **substancia** como algo permanente, substancia cuya cantidad es invariable a través de múltiples cambios.

La doctrina del Eterno Retorno puede concebirse como la idea de una infinita destrucción y el nuevo nacimiento del universo. Nietzsche sistematiza así la teoría heracliteana: en un mundo en donde los átomos sean indestructibles y infinitos, las infinitas combinaciones posibles de los mismos en la eternidad del tiempo dará un número infinito de mundos, entre los cuales estará comprendido un número infinito de momentos iguales al actual» (2).

El pensamiento nietzscheano nos presenta dos puntos interesantes en torno a la cuestión planteada: primero, que en nuestro universo no existe otro orden que el **proceso circular** en el que todo vuelve a repetirse; segundo, que si cumpliendo con nuestro deber olvidamos toda ideología teísta, olvidamos la existencia de un creador, sólo nos queda esta continua transformación infinita del universo.

Uno de los más interesados en estudiar la marasma confusa de las ideas de Nietzsche es Pfander. En el estudio que hace en torno al **anarquista por excelencia**, nos dice: «el curso del mundo retorna eternamente y se repite idéntico en sus particularidades. En vez de darle la muerte, la idea del Eterno Retorno le fortalece, siéntase en la más alta cima de la confirmación vital y triunfa de todos sus dolores» (3).

El mundo está compuesto por un número finito de elementos. La energía también es finita. Por consiguiente, las situaciones cósmicas que se suceden han de ser en número finito, han de ser limitadas. Entonces, cuando se hayan agotado todas las combinaciones posibles de estos elementos cósmicos, comenzarán nuevamente a combinarse hasta lo eterno. «**La gran rueda del devenir gira eternamente**», nos dice Messer.

Con respeto al ser humano, ante este acontecer continuo, tenemos que concluir de una sola manera: el hombre ha de ser un existente finito a través de un infinito número de existencias. El ser humano completará su período vital dentro de los marcos de tiempo y espacio y luego retornará infinitamente del mismo modo.

Pero oigamos a Nietzsche: «¿Qué sucedería si, de día o de noche, te siguiese un demonio a la más apartada de tus soledades y te dijese: esta vida, tal como tú la vives actualmente, tal como la has vivido, tendrás que revivirla una vez más, y una serie infinita de veces; nada nuevo habrá en ella, al contrario, es preciso que cada dolor y cada alegría, cada pensa-

(1) Lonsbach, «Nietzsche y los Judíos». Ediciones Imán, Buenos Aires 1944.

(3) Pfander, «Los grandes pensadores». Espasa-Calpe, Arg. S. A., Buenos Aires. 1945.

(2) Ferrater Mora, «Diccionario de Filosofía», Ed. Atlante, México. 1944.

miento y cada suspiro, todo lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño de tu vida, vuelvas a pasarlo con las mismas consecuencias y el mismo orden, y también esta araña y este claro de luna entre los árboles, y también este instante y yo mismo? ¡La eterna clepsidra de la existencia dará vueltas incesantemente y tú con ella, polvo del polvo! ¿No te arrojarías sobre la tierra rechinando los dientes y maldiciendo al demonio que así hablase? O bien, has vivido ya el instante prodigioso en que le contestarías: ¡Tú eres un dios y jamás he oído palabras divinas! ¡Si este pensamiento tomase fuerza en tí, tal como eres, te transformarías, quizás, pero te anonadaría también! La cuestión: **quieres esto una vez más y un número infinitamente de veces** pesaría sobre todas tus acciones de manera formidable. ¡Cuánto tendrías entonces que amar la vida y amarte a tí mismo para no «desear otra cosa», sino esta eterna y suprema confirmación! (4).

Federico Nietzsche llegó a decir que el Eterno Retorno era una profecía. Exige, para llegar a ello, la destrucción de la moral actual.

Hoy, a 108 años del nacimiento de Nietzsche, su filosofía ha cobrado gran interés para los estudios de las ciencias. Su obra es intensa y su producción literaria, inmensa. Sus libros más conocidos son: «Así hablaba Zaratustra», «El Origen de la Tragedia», «Más allá del bien y del mal», «La Gaya Ciencia», «Humano, demasiado humano», «Ecce Homo», una especie de autobiografía.

El gran sustentador del vitalismo falleció al iniciarse nuestro siglo, en 1900.

Osmán Desiré

(4) Nietzsche, «La Gaya Ciencia», Ed. Posedón. Buenos Aires. 1947.

Uriel da Costa y Spinoza

— I —



RARAS veces los héroes de las creencias religiosas se han preocupado de legar a sus sucesores un testamento espiritual, para facilitar la comprensión de su vida y manifestar sus últimas enseñanzas, en vísperas de su muerte. Quizás ellos no han dejado a la posteridad un mensaje definitivo, porque toda su vida ha sido, con cada gesto y cada palabra expresada, una incessante interpretación de la divinidad; han querido realizarse a ellos mismos, en el torbellino de la lucha entre el bien y el mal, entre la eternidad y la temporalidad, dejando que algunos, que fueron testigos de su existencia, explicaran a las generaciones venideras el **credo** por el cual han padecido. Pero estos testigos han sido discípulos fanáticos o adversarios no menos fanáticos. Ellos no reflejaron la imagen del héroe, sino que la desfiguraron. La idealizaron hasta la perfección o la difamaron hasta la monstruosidad. Han «interpretado» de conformidad con su **credo** o su interés. El recuerdo del héroe se convirtió en una bandera, a la que la muchedumbre tenía que seguir ciegamente — o en un trapo, al que la muchedumbre tenía que pisotear con el desprecio absoluto de la «sanción histórica».

...Los cinco libros de Moisés soportan la montaña, crecida siglo tras siglo, de los comentarios y de las controversias. Como el diamante, el Pentateuco persiste con su verdad; su luz centellea con los colores del tiempo, según sean las facetas recordadas por los grandes artesanos, y según sea la manera como los sacerdotes y los sabios sostienen el diamante milenar bajo el sol del mundo, frente a los pueblos deslumbrados e ignorantes. El Pentateuco es atribuido a Moisés. ¿A Moisés, el hombre o a Moisés-colectividad? Nadie puede contestar hoy a esta pregunta, que no tiene justificación alguna — si no olvidamos el hecho de que hombres que fallecieron hace doscientos y aún cien años, ya

empezaron a ser legendarios: porque otros han traído el testimonio de su vida. Lo repetimos: el Pentateuco de Moisés. La verdad de Moisés, su pensamiento, su ley, su eternidad se hallan en los cinco libros. Quien duda de los intérpretes de Moisés, de sus adoradores o de sus adversarios, tiene que volver a la fuente: que abra la Biblia y, a solas, con su humilde conciencia ante una omnisciencia ancestral, busque la verdad...

Así lo hizo también Uriel da Costa, a principios del siglo XVII, cuando sintió que la herida de la duda se ahondaba en él. Aquí reside el germen de su tragedia. Moisés y los Profetas le dieron verdades: una seguridad interior, que le determinó a abandonar las prácticas del cristianismo católico en las cuales fué educado como vástago de una familia de «marranos». Pero salvándose de la inquisición portuguesa, no halló la tranquilidad en el seno de la comunidad judía de Amsterdam. Huyó de un ritual falso, para encontrarse encuadrado en otro tan falso como el primero: después de la inquisición católica, la inquisición rabinica fué implacable guardiana de la tradición, de la letra de la Ley. Pero Uriel estaba penetrado por el espíritu de la Ley. Y la lucha con sus hermanos, hacia los cuales se volvió con la alegría de la renovación, llega a ser más encarnizada, año tras año, y muchas veces mezquina, astuta. Lucha con la comunidad, con la familia, consigo mismo. Una conciencia, cuyo cuerpo se lo disputan las dos bandas que proclaman dos creencias, surgidas, empero, del mismo Dios. Uriel es atormentado por los cristianos, a los cuales ha abandonado, y también por los judíos que lo excomulgaron. Entre el martillo y el yunque sangra su corazón. La verdad está en el corazón, no en las manos que bendicen, para robar luego, y no en los labios que pronuncian el nombre del Eterno, para mentir después. El dogma que mata... La fe que proclama la verdad, por encima de todo dogma religioso. Este es el drama de Uriel da Costa.

Las pocas páginas de la historia de Graetz y la obra dramática de Carlos Gutzkow, no nos facilitaron en la comprensión de la vida tormentosa de Da Costa, como nos ayudó él mismo con su biografía-testamento, escrita antes de poner término, con un pistoletazo, a una lucha en la cual se sentía vencido por la «fuerza del número». *Exemplar humanae vitae* está al alcance de todo lector, en varias traducciones. Nosotros la hemos leído en la versión francesa que nos han ofrecido dos jóvenes investigadores, un judío y un cristiano. *Une vie humaine*, por Uriel da Costa, traducida del latín y precedida de un estudio sobre el autor por A. B. Duff y Pierre Caan, en la colección «Judaïsme», ed. Rieder y Co., Paris, 1926). El texto de la biografía abarca apenas la cuarta parte del libro. Pero en la sencillez y la claridad de esta confesión se pone en evidencia una vida tan rica en sufrimientos y tan patética en el cuadro de un siglo recién salido de la niebla de la Edad Media, que somos testigos de una lucha entre la fe y la razón, entre el obscurantismo dogmático y el impulso del libre hermanar. Lucha que no cesó ni aún en nuestros días en el dominio religioso, y que se extiende en las nuevas realidades sociales.

«No pudiendo encontrar en la religión católica la paz del alma, y no deseando adherirme a parte alguna, puesto que no ignoraba la gran disputa que separa a los judíos de los cristianos, he leído enteramente los libros de Moisés y de los Profetas, en los cuales he descubierto no pocos pasajes que contradicen violentamente el Nuevo Testamento y en los cuales la palabras salidas de la boca de Dios podían ser fácilmente interpretadas de otro modo» (p. 102). «Moisés llegó a ser mi fe. Pensaba que debo someterme a la Ley que le ha sido revelada por entero» (p. 103).

Palabras sinceras, espontáneas, que explican un conflicto tenaz, entre innumerables padecimientos sociales y morales. Con la mismo claridad, Da Costa nos dice cómo llegó, después de quince años de luchas con la sociedad y con su propia conciencia, a separarse de la ley de Moisés:

«Finalmente, he llegado a la conclusión de que la ley no es de Moisés, sino una mera creación humana, en nada diferente a los descubrimientos realizados hasta ahora sobre esta tierra; puesto que, desde muchos puntos de vista, ella estaba en lucha con la ley de la naturaleza, y el autor de la naturaleza, Dios, no podía ser contrario a sí mismo. El podía conducirse, prescribiendo a los hombres obligaciones contrarias a la naturaleza, a esa naturaleza cuyo autor se considera» (p. 110). «Todo lo que es mejor en la ley de Moisés o en cualquier otra ley, concuerda también con la ley natural» (p. 127).

Son, estos, silogismos de acuerdo con las reglas de la lógica moderna. El racionalismo de la lógica moderna. El racionalismo de Da Costa tiene, empero, sus raíces en las profundidades de una fe religiosa que no busca solamente una salvación personal. Ella tiende hacia el más elevado ideal de todo hombre que ha intentado sobrepasarse a sí mismo:

«... pero yo lucho por la verdad y, sobre todo, por la innata libertad de los hombres que deberían desligarse de supersticiones y de ritos tan vanos, y llevar una vida que no sea indigna de su cualidad de hombres» (p. 122).

Precisamente porque proclama sus amplias aspiraciones, Da Costa no oculta sus propias debilida-

des. Obseso por «el eterno castigo» en el otro mundo, él llega — después de prolongado autodesgarramiento — a esa convicción «calma» de que la inmortalidad del alma es un arma mentirosa de los que quieren mantener al pueblo en el yugo. Es aquí, sobre la tierra, durante nuestra vida, que recibimos la recompensa o el castigo; aquí, durante nuestra breve existencia, tenemos que aproximarnos a Dios... Pero Uriel no tenía la firmeza del asceta; no quería, no podía renunciar a la vida social, con todos sus afectos y sus odios. Después de años de resistencia, él se ha decidido a esa tremenda penitencia pública; retractarse totalmente bajo el látigo del sacerdote y bajo los pies de la plebe. No es la conciencia, sino el cuerpo de Uriel quien recibió entonces la remisión de herem. El cuerpo, hambriento de la paz del hogar, aceptó hacer el «mono entre los monos». Pero bajo el latigazo de los fariseos, su conciencia se estremeció con renovada rebelión. Su amor no es tan divino como para llegar hasta el martirio voluntario. Uriel es dominado por el eterno dualismo de la naturaleza. Ama a los hombres, pero odia a sus amos, a los tiranos del alma y a los esclavos, en su ciega obediencia, bien puede abatirlo. Sin embargo:

«... es un sacrilegio confrontarte con bondad frente a los blasfemos, los orgullosos, los testarudos, los soberbios...» «Debemos luchar por nuestra honestidad que reside en nuestra carne; sin ella no podríamos vivir, sino que chapotearíamos como los más asquerosos cerdos en el fango asqueante del provecho» (p. 124).

«Fariseo ciego, que olvidas la primera ley que existe desde el principio y que persistirá en todos los tiempos. Tú tienes en cuenta sólo las otras leyes, aparecidas más tarde y a las cuales tú condenas, excepto, claro está, la tuya. Como las otras, tu ley está sometida, te plazca o no, al fallo de la justa razón, verdadera medida de esta ley natural a la que has olvidado y a la que sepultarás de buena gana, para que su yugo — el más pesado y el más insoportable — estruje el pescuezo de los hombres» (p. 126).

Con ese odio suyo, Da Costa se mostró por entero. Pero finalmente, llegó a esa tolerancia que encuentra, en todas las religiones, posibilidades de armonizar. «para que los hombres vivan juntos en buena voluntad».

Sin embargo, él, Uriel, se siente vencido en su lucha con las «bestias feroces», con los fariseos. Su orgullo, que conservó algo de la hidalguía del Cid, no le permite vivir bajo el desprecio de sus contemporáneos. Como los estoicos, él repite: un hombre honrado debe llevar una vida sin mácula o morir. Su conciencia le dice que ha luchado por el más grande bien del hombre: la libertad del pensamiento, la libertad de la creencia. Lo ha derrumbado «el número», pero también su propio temperamento atormentado entre los abismos de la negación. Desde el umbral de la muerte (su suicidio es, quizá, su única victoria) Uriel da Costa exige al porvenir un juicio cabal: «¡Hijos de los hombres, ante todo juzgad como seres libres y de acuerdo con la verdad! Así deben ser los hombres dignos de este nombre...»

¿Somos hoy capaces de juzgar así como él lo exige?

Eugen RELGIS

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

210. «La Comune». Número único. Filadelfia. Número dedicado a la revuelta de Ancona y por la Semana Roja de 1914. En 1915 reemprende la publicación regular para combatir el intervencionismo en la guerra. Interrumpe su publicación cuando el gobierno de W. Wilson adoptó las medidas gubernamentales contra la propaganda antiguerrera.
211. «La Conquista». Quincenal. Filadelfia. Editado por la Unión de Trabajadores Italianos. Aparecen 16 números en el curso de 1915.
212. «La Frusta», de los Cloak Makers. New York. Aparece el primer viernes de cada mes. Inicia su publicación en 1922 y la continúa hasta 1924. Organó del grupo «Gli Insorti». Se dedica particularmente a polémicas internas. Cuatro páginas sobre cuatro columnas. Redactores: Luigi Rea y Pasquale Fugetta.
213. «Per la libertà». Edición especial de «L'Adunata dei Refrattari», de New York, dedicada en «Pro Vittime Politiche d'Italia». Julio de 1923, doce páginas formato revista.
214. «La Difesa». Hoja de educación y de lucha. New York. Inicia su publicación quincenal en marzo de 1923 y continúa hasta 1925 en pequeño formato; cuatro páginas, dos columnas.
215. L'Agitazione». Boletín quincenal del Comité Central por la Defensa de Sacco y Vanzetti. Boston. Inicia su publicación en diciembre de 1920, conduciendo una áspera lucha tendente a salvar los dos anarquistas detenidos y condenados a muerte siendo inocentes: Sacco y Vanzetti. Reproduce la crónica de la campaña que se desarrolla en todo el mundo en defensa de los dos condenados y da cuenta de los gastos administrativos. Cesa la publicación en 1925. Aparece con cuatro páginas sobre cinco columnas. Redactor: Aldino Felicani.
216. «Protesta Humana». Boletín del Comité de Defensa por Sacco y Vanzetti. Boston. Comienza su publicación en 1926 al cesar «L'Agitazione», pero entre el primero y segundo número, diciembre de 1926, hay una larga suspensión porque la línea de conducta trazada por el Colegio de Defensa impone el que no se diga ni escriba nada al objeto de que la justicia siga su curso libre de toda influencia y sin el sello de ningún prejuicio. Pero la actitud del juez Thayer impulsa al Comité a romper el silencio. Editores: Sacco-Vanzetti Defesse Committee.
217. «Umanità Nova». Semanario. Brooklyn. Inicia la publicación en gran formato, en noviembre de 1924. Aparecen una decena de números hacia mediados de 1925. Dice la circular que anuncia su cesación que «debe suspender la publicación por falta de fondos y ante el boicot realizado por otros periódicos». Redactor: Maris Baldini.
218. «La Sforza». Publicación periódica. Westfield. N. J. Comienza su salida el 7 de noviembre de 1924, a cuatro páginas, cuatro columnas. Sus tres primeros números aparecen mensualmente; luego sale irregularmente. Cesa en diciembre de 1925. En total aparecen seis números, en los que se da largo espacio a las polémicas internas. Redactores: N. Piesco, Luigi Vella, E. Riguglio.
219. «La Staffile». Número único editado por el Grupo Autónomo. Providence. Marzo 1925. Se dedica a la polémica interna. Cuatro páginas sobre cinco columnas.
220. «La Scosta». Publicación anarquista de defensa y de avance social. Número único. San Francisco. California. Julio 1926, cuatro páginas, cinco columnas. Redactor: V. Ferrero.
221. «Germinal». Quincenario anarquista. Chicago. Inicia su publicación en 1926, a gran formato, y la continúa hasta 1930. Contó con mucha colaboración de parte de los militantes de Europa. Redactor: Silvestre Spada. Colaboradores: Luigi Fabbri, Hugo Treni, Camilo Berneri, Virgilia d'Andrea, Armando Borghi, Lux (Felice Vezzana), etc.
222. «Vita». Número único dedicado a las víctimas de la reacción internacional. Rochester. N. Y. 1 de mayo de 1927, cuatro páginas, cuatro columnas.
223. «L'Emancipazione». Mensual libertario del West. San Francisco. California. Inicia su publicación en 1927 y continúa hasta 1932, en pequeño formato, cuatro páginas. Redactor: V. Ferrero.
224. «L'Aurora». Publicación quincenal. Boston. Se inicia el 15 de febrero de 1928. En su segundo año cambia el subtítulo por el de «Periódico de crítica y de ideas». Llega hasta el mes de mayo de 1930. Redactor: Hilario Marguerita (Ilario del Castelred). Colaborador: Paolo Schichi.
225. «Alba». Periódico libertario. Pitsburg Pa. Aparece cuando puede. Se dice en su cabecera que es redactado por obreros. Comienza en julio de 1929, en pequeño formato, cuatro páginas, cuatro columnas. Se publica hasta fines de 1931. Redactor: Francesco Russo.
226. «Eresia», de oggi e de domani. New York. Revista de 34 páginas a gran formato. Tendencia anarquista individualista. Comienza como mensual en abril de 1928. Después de marzo de 1929, cambia de formato más reducido, pero a 64 páginas, con el subtítulo «Per l'afrancamento». Continúa hasta octubre de 1931. Recibe buena colaboración de los anarquistas individualistas de Norteamérica. Redactor: Ciriaco Arrigoni (Brand).
227. «Intesa Libertaria». Organó de los grupos anarquistas de Norteamérica. New York. Se inicia en mayo de 1939 en gran formato, a cuatro páginas. Aparecen pocos números. Redactor: Ciriaco Arrigoni (Brand).
228. «Pensiero e Realtà». Upper Darby. Pa. y Marsella. Revista de 32 páginas. Aparece solamente un fascículo de ensayo en septiembre de 1938. Llevaba como subtítulo: «Reseña crítica y polémica de partidos y acontecimientos».
229. «All'Armi». Per il riscatto degli ostagi. (Por el rescate de los rehenes). Schenectady. N. Y. Número único publicado en octubre de 1930. Pequeño formato, cuatro páginas a tres columnas.
230. «La Realtà». En los problemas sociales contemporáneos. Detroit Mich.-Marsella. Impreso en Francia en las ediciones de la Librería Autónoma. Después de haber difundido un Manifiesto-Programa lanza un número de ensayo en octubre de 1932. Aparecieron en todo tres números, el último con fecha de enero de 1933, en formato revista, ocho páginas sobre dos columnas. Desarrolla una labor revisionista. Redactor: Domenico Zavattero (Olmo).

Ugo FEDELI

(Continuará.)

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS

de Ayer y de Hoy

EL ALMA DEL PENSADOR

Naces sin saber que naces
del cielo azul que te hiela,
eres la luz y el color
de nuestra parda Tierra.
Vives sin saber que vives
de energías que te ciegan,
como si en una frente rota
navegaran las estrellas.
Marchas, sin saber que marchas,
donde tus pies te llevan,
pisas la tierra herida
de naranjos y oliveras.
Sufres sin saber que sufres
la carga de tus cadenas;
y la rancia tradición
de las viejas zaguaneras
te colma de maldiciones
y calumnias de ramera.
Sientes sin saber que sientes
la música del poema,
con un pasado de sangre
lleno de duras contiendas.
Lloras sin saber que lloras
con lágrimas de leyenda
porque el puñal del verdugo

desgarró todas tus venas.
Los timbales de las sierras
te anunciaron la masacre
de incipiente violencia.
Buen libro te hubiese hecho
si el gran Homero viviera
cambiando el carro troyano
por mastodontes que vuelan
añadiendo a tu leyenda
otra Iliada y Odisea,
con cercados de alambradas
y cementerios de arena.
Vives con las esperanzas
que alimentan tus ideas,
desvencijando tus sienes
con zarzas de espinas negras.
Naces sin saber que naces
y sin dormir no despiertas,
porque tu vida es un libro
de páginas bien compuestas,
hechas con trémula mano
y con frente descubierta
que al morir nos ha dejado
sangre rebelde de herencia.
VOLGA MARCOS.



HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profundo objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el III tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

